

LA CANCIÓN DE CLAUDA



Memorias Olvidadas
Darka Treake

El Cuento de la Muñeca de Caorla
Primera Parte

www.modt.net

Título: *La Canción de Clauda*

 2004, Darka Treake

Escrito en Nijmegen, Holanda, en 2004

www.modt.net

Esta obra está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual, por medio de la plataforma SafeCreative, y protegido con una licencia Creative Commons, que permite su copia y distribución, reconociendo siempre la autoría del trabajo. De ningún modo están permitidos el uso comercial y/o modificación de la misma.

LA CANCIÓN DE CLAUDA

Memorias Olvidadas

Darka Treake

El Cuento de la Muñeca de Caorla

Primera Parte

Breves notas del autor...

La Canción de Clauda es un cuento que fue escrito en Nijmegen, Holanda, durante los meses de febrero a julio de dos mil cuatro. Todo empezó como simples notas escritas sobre el papel, que poco a poco fueron tomando forma hasta terminar en lo que ahora es...

La historia fue escrita primero en la forma de una aventura de rol, que jugamos durante dos sesiones. Por lo que no se puede obviar en este cuento la participación de sus dos personajes protagonistas, Neya y Leire, que sin ellas saberlo, estaban escribiendo la historia conmigo...

Este cuento pertenece a una trilogía que lleva por nombre *El Cuento de la Muñeca de Caorla*, cuya segunda parte es *Un Atimo*, y cuya tercera aun está por

ser escrita. Este gran cuento, con sus tres partes, narra las andanzas de una muñeca en su recorrer por todo un mundo imaginario...

Dos ejemplares idénticos fueron editados el dos de agosto de dos mil cuatro, en Palma de Mallorca. Más tarde, fue editado otro ejemplar, el treinta y uno de agosto de dos mil cinco, también en Palma de Mallorca, el cual guardé yo.

A pesar de todo esto, este cuento está fechado en Nijmegen, en 2004, debido a que allí fue escrito.

Cada uno de estos tres ejemplares fue entregado, con mucho cariño, a su destinatario para el que fue especialmente hecho, con motivo de lo que para nosotros significó un importante cambio en el modo de mirar nuestro camino, tanto el pasado, como el que nos queda por recorrer, y como en el modo de recorrerlo de ahora en adelante...

Nijmegen, febrero a julio de dos mil cuatro
Memorias Olvidadas
Darka Treake

*Para Neya y para Leire, las que son mi familia tan lejos
de casa como me encuentro,
y que viajando conmigo, me han ayudado a descubrir el
cuento de la Canción de Clauda...*

*Y para la Muñeca de Caorla, que sin ella saberlo, ha
hallado en mí lo que yo mismo andaba buscando...*

Prólogo a *La Canción de Clauda*

El viejo que escribía espantos...

Este viejo fue uno de los que siguió el ritual del Olvido de Horrores, consiguiendo su propósito, lo cual no consiguió aquel al que llamarían el Escultor de Almas, quien tras escribir sus odios, los extravió entre el Olvido y el Recuerdo, perdidos entre las Líneas del Tiempo, desde donde se conformaría Legumes, el Demonio Resentido, mucho, mucho, mucho tiempo después...

El viejo escribió sus espantos en la fina arena, grisácea entre sus dedos, dibujando los horrores que lo atormentaban en su silencio. Miró las olas del inmenso mar tras de sí y trató de recordar la saciedad que antaño le habían producido, tan sólo por el simple hecho de haber estado ahí. Con sólo olerlas lograba evocar esa increíble sensación de oírlas...

El viejo escribía a la Luna todas las noches, contándole todos sus horrores vividos, pero sus mensajes de Odio y Dolor se borraban del lienzo de arena al soplar el viento. Hasta que una noche vio huir despavorida a la Luna, perdiéndose en el Espacio y el Tiempo.

Al ver esto, el viejo prometió olvidar todos estos odios, escribiéndolos en un libro donde el viento no los borrara, enterrándolo tan profundo como alcanzara. Hecho así, la Luna regresó de allá a donde había huido y el viejo no volvió a escribir sus espantos en la fina arena, donde el viento los borrara, olvidándolos ya para siempre...

* * *

Se escucharon unas campanadas en la noche, oscura y tenebrosa, tratando de ocultar sus secretos, y cruzando el pequeño ventanuco de la torre, produjeron un escalofrío en el joven que, sumergido en su trabajo, escribía apresurado. Tremendas pinceladas surgieron bajo su trazo decorando un precioso pergamino arrancado de un viejo libro. La tinta era plata fundida, y al ser extendida en el papel se secaba tras chisporrotear por unos segundos. Al terminar, comenzó a escribir todos los pensamientos que le pasaron por la cabeza, logrando expresar toda la ira que contenía, plasmándola en el pergamino. Escribió sobre todo aquello que odiaba y deseaba cambiar, relató con bellas palabras cuan grandes debían ser los castigos hacia sus enemigos, y juró y perjuró que jamás los olvidaría... Muchas de sus palabras hablaban de amor y de fidelidad, pero muchas otras maldecían y condenaban, apelando al rencor y a la traición...

El muchacho sintió el escalofrío recorrerle, y exaltado, escuchó de pronto las campanadas entrando por el pequeño ventanuco de la torre, procedentes de algún lugar en la noche, que oscura y tenebrosa trataba de ocultar un secreto, según creía, ya para siempre... Tras despertar por un momento de su catarsis, sintió la necesidad de fumar un poco de hierbas de Agaraia. Recordó por un momento cuando fue con sus amigos a robárselas a la bruja, o al menos así llamaban ellos a una pobre vieja que vivía de administrar pociones y elaborar recetas de brebajes para venderlas a jovencitas tan desesperadas como para comprárselas... Se levantó de su escritorio y camino hasta los pies de su cama, donde en el interior de un baúl le esperaba una cajita de madera, muy bien cuidada. La tomó y regresó a sentarse sobre su taburete viejo. En el camino, chocó con la cabeza contra el pequeño candelabro que alumbraba sobre el escritorio, justo sobre el pergamino, por un momento temió que cayera sobre éste y ardiera, impidiendo así que su dolor y odio fuese ahí plasmado... Se colocó, ya fuera de peligros, y se preparó una dosis de las hierbas, sacándolas de tres saquitos diferentes, embriagándose con sus fragancias. Las colocó en su pipa, hecha a partir de una vieja raíz, pero bien trabajada y con un hermoso terminado. Prendió una maderita alargada en el candelabro sobre el pergamino y la acercó a la copa de la pipa, a la par que absorbiendo, y disfrutó del sabroso humo de las hierbas de Agaraia... Estuvo fumando durante un rato, indagando en sus propios pensamientos hasta volver a entrar en ese torbellino de frenesí, causado por sus odios y rencores...

Una vieja costumbre o tradición, o tal vez una fiesta para algunos, decía que si se enterraba un libro que contuviera los odios y maldiciones que se sentían en una tumba vacía y en un momento determinado del tiempo, marcado por la colocación de los astros, tanto dolor sería olvidado ya para siempre... El muchacho, avivado por esta esperanza, volvió a escribir, deseoso de olvidar y perdonar...

Cuando hubo escrito y reflejado sus horrores, aquellos que deseaba a sus enemigos, corrió a coger el libro de encantamientos del que había arrancado el manuscrito, y buscó los sortilegios para mantener atado en él su odio. Ya dos conjuros protegían la escritura, pues la plata con la que los ribetes la adornaban había sido fundida bajo un ritual mágico. Pero éstos no fueron los últimos hechizos que sobre este manuscrito se lanzaron, mucho tiempo después, alguien más procuró ocultar su escritura, al horrorizarse con tanto odio y tanto rencor, pues éste no llegó a ser encuadernado en el libro que fue enterrado como marcaba la tradición...

La Canción de Claudia

Las notas hay que tomarlas en verso...

Una vez, en algún lugar de algún mundo, una niña escribió un mensaje adornando sus palabras con una hermosa sutileza que ocultaba su significado...

Cuentan que Claudia escribía cuentos en secreto, y que los ocultaba entre los cientos y cientos de páginas que en una alta torre se guardaban. Dicen que allí fueron guardados todos sus cuentos para siempre, hasta perderse en el Tiempo y en el Recuerdo, o así dijeron...

Entre todos los cuentos que escribió Claudia, tan solo uno pudo ser leído por alguien que no fuera ella, tan solo uno logró escapar de entre tanta intimidad, evitando así su destino de ser perdido en el Tiempo y en el Recuerdo...

Dicen que una vez Claudia, una niña de un mundo muy lejano en el que aun podían ser ocultados los secretos, escribió tantos relatos y cuentos como pudo imaginar, pero de entre ellos, decidió escribir uno en forma de canción, escribiendo su mensaje en una hermosa partitura...

Cuentan que una vez Claudia se enamoró de un hombre, el único que logró encontrar su intimidad y alcanzar a invadirla... Fue entonces cuando aquella chiquilla se sintió amenazada y, huyendo, ocultó para siempre sus relatos y cuentos donde nadie los olvidara...

Los dos amantes, antes de que la niña huyera desprovista, cantaron juntos la canción, haciendo alarde de su amor. Pero dicen que tras entonar sus hermosas notas, la muchacha, Claudia, huyó del Mundo, suicidándose al saltar desde lo más alto de un acantilado hasta el mar, donde dicen que moró para siempre, imaginando y creando...

Su amante, sintiéndose abandonado y triste, trató de recomponer la Canción de Claudia, sin éxito alguno, tan solo algunas de las notas pudieron ser encontradas... Y fue así como el amante de Claudia decidió buscar la canción donde aun era recordada, y violando la seguridad de la Torre del Recuerdo, logró dar con ella...

Cuando los guardianes de la Torre del Recuerdo se enteraron del hurto, fueron tras el amante de Claudia, en busca de la partitura de su canción, y éste se vio obligado a huir hasta donde no pudo ser encontrado, en algún lugar cercano al que su amada aun moraba en silencio...

Dicen que allí vivió mucho tiempo, y que como único sustento tenía la Canción de Claudia, la cual tocaba por las noches al sentirse triste y solo...

Muchos han llegado a decir que por aquellos parajes aun puede ser escuchada la Canción de Claudia, como traída por el viento en aquellas noches en que el amante necesita de su sustento.

Dijeron una vez, que esta canción fue el único de los Recuerdos que regresó al Mundo tras haber formado parte del Dios del Recuerdo, que habita en lo alto de la Torre del Recuerdo, donde se guardaron para siempre todos los Recuerdos...

Escena I

Notas en la Oscuridad..

El muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos...

Neya

La preciosa muchacha elfa abrió los ojos, que lucieron azules bajo los rayos matinales del sol. Un nuevo día comenzaba, en el que su vida cambiaría de tal manera que ni siquiera podría imaginar en ese preciso instante... Miró a través de la ventana y vio el suave azul del cielo, cubriendo tanto como alcanzaba a ver. El ruido de las olas se coló por la ventana flirteando con el canto de las gaviotas, que seguro ya llevaban horas despiertas, en su incesante ir y venir en busca de alimento, una bonita similitud con lo que ellos hacían en esta vida. Todo el día de pesca, sin hacer otra cosa que pensar en cuánto se había recogido y en cuánto se tendría que recoger mañana... La preciosa muchacha volvió a cerrar los ojos, tratando de disfrutar por unos momentos más de la plácida calma del despertar. Se relajó con el sonido de las olas y nadó en sus pensamientos con todo aquello que desearía hacer ese día,

creyendo que no podría hacerlo. Viajó entre sus pensamientos hacia algún lugar lejano, donde el olor a pescado muerto no le invadiera a cada paso y donde el mar no fuera más que una alfombra sobre la que caminar sin rumbo, hacia un horizonte lejano y confuso... De pronto, un grito le hizo despertar de nuevo:

- Neya... Es hora de levantarse.- La voz de su madre resonó rompiendo el flirteo de las gaviotas con el mar.- Hija, hoy será un duro día, esta noche vendrá tu padre y hemos de tenerlo todo listo, debe partir mañana de nuevo...

“Pescar, tejer... Tejer, pescar... Navegar, pescar... Dadme algo más, por favor...” La muchacha abrió los ojos de nuevo, que volvieron a lucir azules, reflejando el inmenso suave del cielo. Se encontraba tumbada en su cama y una gruesa manta le cubría todo el cuerpo, salvo la cabeza, que descansaba sobre una fina almohada, tan suave como ese inmenso azul... Se movió para estirarse, y su cabello resbaló sobre su cara de recién despierta, tan bonita como cada día. Volvió a acurrucarse, pero esta vez boca a bajo, estirando todo el cuerpo y poniendo sus brazos bajo su pecho, mirando hacia el lado contrario a la ventana, por donde entraba esa luz brillante, tanto que se hacía molesta. Al sentirse otra vez tan cómoda como para volverse a dormir, se dio cuenta de que algo había oculto bajo la fina almohada, justo donde ahora reposaba su cabeza. Llevó su mano izquierda hacia ese algo misterioso que no recordaba haber guardado, esperando encontrar cualquier banalidad, pues era tan desordenada como la que más, y cuál fue su sorpresa al encontrar un sobre. Extrañada, se incorporó y

lo sacó de ahí debajo, rebanándose los sesos buscando el momento en que lo había guardado ahí.

Era un sobre muy viejo, como una carta que había viajado mucho hasta llegar a su destino final, el cual parecía ser ése precisamente, pues una inscripción de hermosos ribetes decía: *Neya*. No tenía remitente, tan sólo un sello de lacre rojo en forma de trébol de cuatro hojas en el interior de un círculo que, además, mantenía cerrado el sobre. Ella no había puesto ese sobre ahí, y esa no era la letra de su madre, ni de su padre, ni de ningún conocido suyo que pudiera haber llegado hasta colocarlo bajo su almohada... Tras rebanarse los sesos durante unos minutos más, buscando, se decidió por abrir el sobre. En su interior había una hoja, de la que también se apreciaba un largo recorrer en el Tiempo, y que con los mismos hermosos ribetes decía algo así...

Neya, aquí y allí, y en todos aquellos lugares donde la luz del Sol baña al Mundo, reluces con tu virtud y tu inocencia, y antes y después, tanto como ahora, son necesarias las gotas de pureza que la Creación nos regala con presentes como tú...

El Mundo bien sabe que sin purezas como la tuya nadie podría vivir bajo la sombra de una balanza tan desequilibrada, volcada hacia donde la maldad y el odio tratan de surgir, infectándolo y desolándolo...

Ahora, en este momento de desespero, mi querida niña, tu gracia y tu don de calmar al mayor de los desvalidos se hace necesaria y se precisa con tanta ímpetu que hasta a ti hago llegar este trozo de papel, salido de mí mismo, que flotando en el aire llegue hasta donde tú te encuentras, enfrascada en tu armonía, pidiéndote que la abandones para calmar el ansia y la pena de un pobre hombre...

Tan sólo tú podrías ayudarlo a salir de ese mundo de pena y lamentos en que se encuentra enjaulado, tan sólo aceptando mi invitación...

Confío en que contigo traigas aquel presente que una vez a ti te calmó, haciéndote despertar de aquellos horrores y miedos que te atormentaron una vez... Gracias a ti, la tristeza que invade al Mundo podría disminuir, tan sólo con tu gesto...

Por favor, acude dentro de dos noches al "muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos", allí un navío estará esperando por ti, para traerte hacia tierras lejanas, donde la tristeza de un hombre espera ser subsanada...

Nada más decía la nota. La bonita muchacha la leyó varias veces, tratando de entender su significado y de convencerse de que realmente la tenía entre sus manos, de que realmente se había despertado y alguien le había mandado este mensaje anónimo...

Tras un rato pensando, tratando de entender, se levanto por fin y anduvo hasta el comedor de su casa, donde su madre la esperaba enfrascada en el trabajo. Varios días atrás, una gran tempestad había azotado el Estrecho de Laetatis, y, pasada ya la preocupación por su padre, que la había sufrido en alta mar, un mensaje había llegado el día anterior diciendo que todos estaban bien y que ya regresaban, pero que todas las redes de pesca se habían perdido durante la tormenta y que debían ser repuestas. Esa misma noche debían estar listas para que volvieran a partir.

Neya procedía de una familia de pescadores que vivían en un pueblecito llamado Llyn, en la costa sur de

Eleanor la Grande. Ella se dedicaba, junto con su madre, a tejer las redes de pesca para el barco de su padre, del cual era el patrón desde hacía unos años. Esto no les daba mucho dinero, el suficiente para subsistir, pero no pedían más, vivían felices en su casita con vistas al bonito mar del Estrecho de Laetatis y tenían siempre una comida caliente en sus platos para llevarse a la boca. La parte mala de este trabajo era la ausencia del padre de Neya, que pasaba gran parte del mes en alta mar pescando... A ella, esta vida de monotonía le tenía ya aburrida, daría lo que fuera por irse de casa a ver mundo, algo que pensaba que jamás podría hacer al ver a su madre, que vivía ya acomodada en casa, practicando a escondidas un don que, de nacimiento, poseía para la magia, pues su padre no quería ni saber de este tipo de artes... - El trabajo manual, aunque algunos lo repudien, es el único que le convierte a uno en sí mismo.- Así decía siempre... Entre tanto, Neya había aprendido de su madre algunos hechizos, siempre relacionados con la naturaleza y su cambio, nunca hechizos hostiles. Ella, también a escondidas de su madre, había ido practicando algunos sortilegios, tan sólo por pura necesidad, como si alguna motivación interna le hubiera obligado a ello y no pudiera evitar perderse en el inmenso bosque y cambiarlo a su antojo, desafiando a la Creación y lo que una vez fue allí puesto...

- Neya, hija, vamos, tu padre va a llegar en un rato, y apresurado, sólo va a querer marcharse... Todo el día por ahí, no sé cómo voy a poder aguantar toda una vida, sin él a mi lado...- Su madre continuó sollozando y

tratando de consolarse a sí misma por un rato, hasta que Neya la interrumpió.

- Madre, ¿habéis sido vos quien ha puesto esta nota bajo mi almohada esta noche?- Se la entregó con cara de circunstancia. Ella la tomó y la leyó. Al terminar, levantó la cabeza, la miró fijamente, y volvió a bajar la cabeza para volverla a leer...

- ¿Qué es esto? Hija, no hay tiempo que perder, hemos de terminar ésta para esta noche.- Lo dijo mientras leía.

- He despertado y estaba bajo mi almohada...- Neya se sentó a su lado, cogió el otro extremo de la gran red, y comenzó a anudar las cuerdas con suma habilidad. Su madre dejó la nota anónima sobre una mesa, y continuó tejiendo. Así estuvieron calladas durante un rato, hasta que Neya habló, rompiendo el silencio y la calma de su madre...

- Madre, voy a ir. Necesito saber qué es... Quién lo ha enviado, y por qué...

Su madre dejó de tejer y la miró.

- ¿Qué estás diciendo, hija mía? ¿Quieres explicarme al menos qué es esa nota? ¿No sabes quién pudo haberla dejado ahí...?

- Tranquila, voy a ayudaros con esto, partiré mañana...

- ¿Mañana?- Su madre se detuvo por un momento.- Hija, explícame qué es esa nota...

-No lo sé... Estaba ahí al despertar. Si no habéis sido vos, ni yo... ¿Quién entonces?

Ambas callaron por unos segundos, hasta que Neya volvió a hablar...

- *El muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos...* Decidme dónde se encuentra ese lugar, qué es ese lugar, y romperé esta carta y me olvidaré de ella para siempre...

- No lo sé, hija mía, ¿cómo iba a saberlo?

- Ahí me dais la razón... ¿Cómo ibais vos, o cualquier otro, a saber el nombre de un sitio al que tan sólo yo llamo así, y nadie más conoce...? *El muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos* es una playa, cerca del Cabo de Endas, donde a veces he ido a no pensar, o... más bien a estar yo sola con mis pensamientos. Es una playa solitaria donde hay un muelle y, extrañamente, nadan varios cisnes, como si de un lago se tratase... Nadie más sabe de mi lugar secreto... Al menos nadie sabe que yo así lo llamo. Es imposible que alguien lo haya escrito, que alguien lo sepa... Imposible.

- A alguien se lo dirías, piensa...

- Nadie, madre, nadie...

Neya y su madre estuvieron hablando mientras tejían las redes de pesca. Hubo algunos momentos violentos en que su madre no quiso dejarla marchar, tenía miedo de quien podría haber escrito esa nota... A partir de esa noche, la madre de Neya ya dudaría de la seguridad de su hogar, pues aunque deseaba creer que algo misterioso había colocado ahí la nota, pensaba que alguien tenía que haber sido alguien...

Fuese como fuese, Neya se marcharía a descubrirlo, y al parecer nada la detendría...

Esa mañana la pasaron trabajando duro, hasta que llegó el padre de Neya, tras la dura tormenta, y les estuvo contando lo mal que lo habían pasado... Ellas decidieron no contarle nada a cerca de la nota y del viaje que Neya emprendería, pues era un padre protector que seguro no le permitiría marcharse.

Por la noche, Neya se despidió de su padre muy efusivamente, pero él no llegó a comprender por qué... Una vez ya hubo partido, madre e hija ultimaron los preparativos para el viaje de Neya, pues hasta *el muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos* había poco más de una jornada de camino, y si quería estar a tiempo para el encuentro acordado en la nota, debía partir al día siguiente en la mañana. Su madre parecía muy preocupada con todo el tema, pero al final pareció convencerse de que la muchacha debía hacer este viaje, algo que llevaba esperando desde hacía mucho, salir de su monótona vida y conocer, tanto el mundo en que vivía, como a sí misma en ese mundo...

- Toma esto, hija mía, espero no necesites utilizarlo.- Su madre le entregó un objeto envuelto en una tela grisácea.- Tal vez llegue el momento en que te sea útil...- Ella lo cogió y sintió un escalofrío al saber de repente lo que era. Desenvolvió de la tela un puñal precioso y lo miró con detenimiento, la vaina era tan bonita... De cuero negro con gemas incrustadas, de colores vivos y brillantes. El mango era también de cuero negro, lo agarró casi temblando y lo desfundó... Sonó un chirrido escalofriante y la hoja quedó libre, reluciendo en un tono azulado. El puñal era precioso...

- Gracias... También espero no necesitarlo...-
Lo enfundó con otro chirrido y lo envolvió en la tela
grisácea.- ¿Sabéis lo que podría también necesitar...?-
Una pícara sonrisa albergó gran parte de su rostro.-
Alguno de vuestros libros de hechizos...

- Neya... Bien sabes que no debes jugar con esas
cosas, y menos sola...

- Pero madre... Sé suficiente como para
defenderme en caso de necesidad... ¿Me dais un arma,
pero nada para hacer mi propia magia...? ¿Y para qué
he estado aprendiendo todos estos años?

- No para ponerte en peligro.- Respondió tajante
a ambas preguntas.

- Padre jamás se enterará, lo sabéis...

Tras un rato en silencio, su madre dijo:- Bueno,-
Ya tan sólo con esta palabra, Neya sonrió complacida.-
ambas nacimos con un don especial para la magia, del
cual no hemos podido beneficiarnos, pues padre no está
de acuerdo con ese tipo de artes, y por él, por respeto, lo
hemos ocultado. Tu, hija mía, eres buena, algo hay en tí
que ni en mí ha surgido, así que no seré yo quien lo
reprima más, quien lo apague... Haremos lo siguiente, no
te puedo dar uno de mis libros, son demasiado preciados
como para que los lleves quién sabe dónde, pero te daré
otra cosa en su lugar...- Al decir esto, se marchó
dejándola sola en el comedor. Pasados unos minutos,
regresó de allá a donde había ido, Neya sabía bien de
donde... En su habitación guardaba, en un baúl bien
cerrado bajo llave, todos sus artilugios relacionados con la
magia, y el saquito que traía seguro provenía de allí.-

Toma esto, mantenlo cerrado hasta que lo necesites, nunca antes lo abras.

- ¿Qué es? - La bonita muchacha habló mientras cogía el saquito, era de un cuero viejo y estaba cerrado con un cordelito de color granate, por su peso no debía contener demasiado...

- Ya lo sabrás cuando lo necesites... Te ayudará con tu magia, ¿de acuerdo?

Neya asintió sin estar demasiado convencida, pero qué otra cosa podía hacer... Ahora la curiosidad la carcomía...

A partir de entonces Neya no recordó esa noche demasiado bien, fue todo muy rápido y muy excitante, todo el equipaje, todas las cosas, las prendas para el camino, comida, una manta, calzado... Para algo la querían, y no sería sólo para ir y volver... O al menos eso no era lo que deseaba. "*Allí un navío estará esperando por tí, para traerte hacia tierras lejanas...*" Así decía la nota... Cada vez que Neya lo pensaba, aun más ansiosa llegaba a estar...

De entre todas las cosas que cogió y guardó, no olvidó su muñeca de trapo, con la que dormía desde que era una niña y sin la que no podría dormir allá a donde se dirigiera... La muñeca tenía forma de arlequín, recordando a los juglares que entretenían en los altos palacios a los grandes reyes. Era uno de sus recuerdos de infancia más preciados, se la había regalado un juglar, del cual no recordaba si quiera su nombre, cuando tenía muy pocos años. Ella a menudo decía que éste era su primer recuerdo... La Muñeca de Caorla, como ella la llamaba,

a imagen de un personaje de uno de los cuentos de aquel juglar, cantaba por las noches una hermosísima melodía, gracias a la cual la muchacha se había calmado y había olvidado sus penas incontables veces antes de dormir... *"Tal vez a este presente se refieran en la nota..."* Pensó.

Tras haber guardado todo lo que creía necesario, se acostó, aunque tardó un buen rato en dormirse, en el que leyó y relejó la nota que había recibido...

A la mañana siguiente, Neyá se levantó muy temprano, con las primeras luces, casi no había dormido, pero no se sentía cansada, la emoción la abordaba. Corrió al comedor, donde su madre seguro ya trabajaba desde hacía un par de horas, y la saludó efusivamente...

- Para esto si te levantas pronto, ¿verdad?- Refunfuñó ella.

En poco rato estuvo todo listo y Neyá se marchó de su casa, con un rumbo que ya había mantenido otras veces, pero que nunca antes había sido tan incierto... La despedida entre ambas fue muy triste, aunque tan sólo una de ellas no pudo evitar llorar, pues la otra estaba embriagada de emoción. Se abrazaron en el umbral de su casa, como si fuese la última vez, durante varios minutos, y Neyá se fue, siguiendo un camino que le llevaba hacia el este, siempre paralelo a la costa, al Estrecho de Laetatis. Su madre esperó en la puerta, apenada, a que desapareciera entre las altas dunas cubiertas de hierbajos, hasta que ya no alcanzó a verla...

Esa jornada se hizo muy corta para Neyá, embriagada por la emoción y por las difusas perspectivas,

hasta que cayó la noche, cuando ya casi había llegado. Pasó la noche en una posada que conocía de otras veces en Endas, el pueblo que daba nombre al cabo situado al final de Eleanor la Grande, a la mañana siguiente llegaría al *muelle donde tan sólo los cisnes nadan tranquilos...* Esta vez tampoco pudo dormir demasiado, a pesar del inmenso cansancio que la abordaba, y pasó la noche divagando entre pensamientos en la oscuridad, hasta que por fin amaneció en el día en que había acordado encontrarse con... Con ese alguien que le había escrito la nota.

Se levantó entusiasmada y se puso en camino con las primeras luces, que la llevaron hasta la bonita playa donde estaba acordado el encuentro... Llegó caminando entre las altas dunas de arena que paraban los calurosos vientos del este, y se cegó al ver al sol, esperándola sobre el mar. Cuando los hierbajos de las dunas ya no pinchaban, se descalzó los pies para sentir la fina arena entrelazándose con sus dedos, “una de las mejores sensaciones del mundo”, o así llegó a decir ella una vez... Caminó maravillada con lo que veía. Esa mañana la playa estaba igual que siempre excepto por un elemento extraño. Se extendía ardiendo hasta perderse al girar a ambos lados del Cabo de Endas, y nadie había, como ninguna de las veces que había venido antes, excepto por este elemento extraño que le estaba fascinando... Un frescor matinal arrastraba el olor salado hacia el interior, rozando su fragancia con la suave piel de Neyá, que la hizo vibrar en un escalofrío, erizando todo el bello de su cuerpo. Esa mañana los cisnes no nadaban en la playa tranquilos como lo habían hecho siempre que ella había

venido, esa vez algo había que los inquietaba, Neya podía notárselo... Caminó, con pasos inciertos, acercándose al único muelle que había en la playa, nacía desde la misma arena, como una prolongación artificial, rudimentaria pero resistente. En él, un grandioso barco se encontraba amarrado, a la espera de algo, o de alguien... Lo extraño de la situación no era el hecho de su presencia, cosa que nunca antes se había dado, siendo éste el primer barco que Neya encontraba en esta playa de sueño que tanto le gustaba, sino su peculiar construcción, de mano de un hombre, y no de un elfo... Neya lo reconoció gracias a sus estudios, aunque nunca creyó que llegaría a ver uno, pues no se permitía el paso de los hombres a los Reinos Elfos de Eleanor, éstos debían haber obtenido algún permiso especial, o habría sido interceptada antes de llegar al corazón del gran archipiélago... Al pensar en esto, comenzó a temblar mientras avanzaba, no sabía si por la curiosidad o por el miedo... Al comienzo del muelle, dos personas esperaban de pie, ataviadas con túnicas de un color púrpura, se cubrían los rostros con capuchas. Nadie más había en la playa. Las dos personas se encontraban en la entrada del muelle, separadas y sin hablar la una con la otra, con los brazos cruzados, parecían estar esperándola. Neya se acercó a ellas, caminando cada vez más despacio, sin saber bien que decirles al llegar, pero no importó, pues una de las personas habló primero...

- ¿Eres Neya?- Otro escalofrío recorrió la piel de la bonita muchacha elfa, y su corazón latió aun más acelerado de como había venido haciendo hasta ese momento. Era la voz de una mujer humana, hablaba en

la lengua élfica común con un extraño acento, denotando que no era su lengua natal.

- Sí.- Respondió ella con voz entrecortada. Las dos eran mujeres humanas, al ella responder se quitaron las capuchas y sonrieron, casi al unísono. Ahora Neya reconoció una insignia bordada a la altura de su corazón en forma de un trébol de cuatro hojas rodeado por un círculo, era de color verde claro.

- Te estábamos esperando, te agradecemos mucho que hayas acudido a nuestra llamada. Aun estás a tiempo de echarte atrás con todo esto y regresar a tu hogar, pero si deseas continuar, puedes subir a esta galera y con nosotros cruzar los Mares del Mundo. Nos dirigimos a tierras más allá de los horizontes que aquí te han envuelto y protegido siempre. No tengas miedo en tu camino, si has sido elegida para llevar a cabo esta empresa, es porque sabemos que puedes conseguir aquello que te propongas, y porque eres tan necesaria como para haberte venido a buscar hasta esta parte del Mundo, donde hasta ahora nos esperabas sin saberlo.- Ante estas palabras, Neya no supo qué responder, simplemente se limitó a sonreír nerviosa...

- ¿Nos acompañas?- Dijo la otra con una voz muy tierna, también sonriendo al sentir sus nervios. Extendió su mano para que ella la tomara, y así hizo. Avanzaron por el muelle hasta la pasarela con que se unía al gran barco con que cruzarían el Gran Océano, sin ella aun saber donde se dirigía...

Esa mañana, la segunda desde que había abandonado su hogar, comenzó realmente el viaje de

Neya, y al anochecer de ese día ya habían cruzado el Anillo de Niebla que rodea y protege a los Reinos Elfos de Eleanor abandonándolos, con rumbo al Viejo Continente... Durante el largo tiempo que pasó Neya en alta mar llegó a saber que las dos mujeres pertenecían a una orden religiosa llamada la Orden del Último Recuerdo, y que seguían al Dios del Recuerdo, al parecer, era hasta Él mismo donde se dirigían. Las dos mujeres no pudieron contarle demasiado sobre los propósitos de su llamada, no pudieron relatarle acerca de qué estaba ocurriendo, pero dijeron que iban hacia el Viejo Mundo, donde ya no habitaban los elfos, salvo en ciertas regiones apartadas, y eran las razas más primitivas las que convivían, aun en los tiempos que corrían, disputándose los bastos territorios aun sin nombre. Los elfos se habían marchado hacía ya mucho tiempo, tras severas disputas con éstos, para retirarse y confinarse en los Reinos de Eleanor, los cuales ellas tres ya habían dejado atrás...

La travesía llevó a la bonita muchacha elfa hasta otro lado del mundo, donde jamás habría esperado llegar. El primer destino fue una gran ciudad de los hombres llamada Nundinae, allí dejaron el barco, pues la Orden del Último Recuerdo tan sólo allí lo había fletado, y ahora lo dejaban de vuelta. En la grandiosa ciudad condal de Nundinae, tomaron otro navío que les llevó, remontando el Río Bringuidamo, hasta la Ciudad-Estado de Aluadina, llamada la Ciudad de los Lagos, pues estaba construida entre varias mesetas partidas por grandes acantilados, por donde cruzaba este río por varios puntos. Cuatro grandes puertos tenía la ciudad, ellas

llegaron al Puerto de Aliglanc, situado más al sur, por donde el Río Bringuidamo ya abandonaba la ciudad en su curso hacia el mar, allí hicieron noche, y al día siguiente partieron temprano hacia el Puerto de Miraglanc, al norte de la ciudad. Estos dos eran los puertos más importantes de la Ciudad-Estado. Al fin, el navío continuó por el río internándose en el continente, cruzando el Bosque Encantado, donde pasaron miedo, pues se dice de él que está maldito y habitado por brujas que allí se refugian del mundo, para no ser apresadas. Desde el barco Neya llegó a ver en el bosque una alta torre de color negro carbón, tan alta y amenazante como pocas antes había visto, llegando a alcanzar la majestuosidad de los altos palacios elfos de Eleanor, pero superándolos en frialdad y espanto... Dejado ya atrás el Bosque Encantado, pasada la peor parte del camino, dejaron ya el río en una gran ciudad llamada Boron-Shep, habitada tanto por hombres como por enanos, esta fue la primera vez que Neya vio un enano, y se maravilló con ellos, aunque los encontró extraños y los temió, en cierto modo... En Boron-Shep, donde el río dejaba de ser transitable, comenzó el camino a pie, cruzando las altísimas Montañas de los Enanos. Neya no podía creer que había llegado hasta allí. Gracias a sus estudios de geografía podía reconocer su posición en los mapas que recordaba, pero no llegaba a darse cuenta de cómo era posible que ella estuviese allí, tan lejos de casa, y sintiéndose tan de sola...

Y por fin, tras largas semanas de camino, llegaron a su destino. Ya uno de los últimos días, se encontraban descendiendo por la ladera de una gran

montaña que conducía hasta el punto más bajo en el interior de la Cordillera de los Enanos, que a modo de falda, terminaba extendida mezclándose con el agua y conformando el Mar de los Enanos. Todo un mar perdido entre las montañas, altos picos lo rodeaban, limitando su capacidad de crecer. En algunas zonas chocaba contra altísimos acantilados, y en otras las montañas descendían hasta embellecerlo con hermosas playas de arena gris. Desde lo alto de la montaña que ahora se encontraban descendiendo, pudieron ver una gran ciudad, allá abajo en la costa, allí se dirigían. Su nombre era Karag-Biel, estaba habitada por rudos enanos, ante los cuales las dos clérigas de la Orden del Último Recuerdo aconsejaron a Neya que tratara de ocultar su condición de elfa, pues ellos no habían olvidado el odio hacia su raza, tras las guerras ya pasadas, y podría llegar a encontrarse en problemas... En la gran ciudad tomaron un tercer navío, con él que se internaron en el Mar de los Enanos.

Se encontraban navegando cuando Neya por fin vio a dónde se estaba dirigiendo... De pronto, eclipsando al sol y produciendo una sombra que se movía por sí sola, navegando incluso más veloz que su galera, apareció frente a ellas una impresionante torre, tan alta que no llegaba a verse su fin, alcanzando los más alto del cielo. Era una torre redonda, sin ventanas y construida a base de pesados y resistentes bloques de roca gris. El sudor derramado hasta lograr construirla, durante los larguísimos años que seguro les había llevado, habría merecido el esfuerzo a los enanos que en ella morarían, pues era la más increíble construcción que debía existir,

incluso sin poder llegarla a imaginar... Las dos clérigas contaron a Neya que su nombre era la Torre del Recuerdo, situada en la Isla Flotante, que se encontraba en ese mismo mar pero a la deriva, flotando y navegando, era hasta ella a donde se dirigían. La torre era el mayor templo dedicado al Dios del Recuerdo, del cual dijeron que vivía en lo más alto, donde aun la torre permanecía en construcción. En su interior se iban guardando los recuerdos de todos aquellos que no querían ser olvidados, y que así pasaban a formar parte del Dios del Recuerdo... Según dijeron, en su interior se habían ido recopilando todas las memorias de aquellos que habían ya abandonado el Mundo, y que al marcharse, quisieron ser recordados por siempre, ofreciendo sus recuerdos al Dios del Recuerdo, de los cuales se compone, creciendo cada vez más y más, permaneciendo en lo alto de la torre, aguardándolos, según las clérigas contaron a Neya, hasta el Fin de los Tiempos...

La Torre del Recuerdo...
Leire

Unos meses antes...

Leire se subió a un pequeño taburete para poder llegar a alcanzar un pesado y viejo libro que, con unos hermosos ribetes plateados en su lado, decía intrigante su nombre, "*Letras del Sonido*". Lo agarró fuertemente y vio que era incluso más pesado de lo que parecía. Se tambaleó por un momento sobre el pequeño taburete hasta casi caer, pero consiguió mantener el control y el equilibrio justo en el momento en que imaginaba caerse por el gran hueco de la torre. Tan sólo unos dos metros la separaban de la gruesa barandilla instalada precisamente para evitar este tipo de accidentes. Se encontraba en la altura veintisiete, desde donde casi no veía el fondo del hueco. La torre había sido construida de forma circular, de modo que los diferentes pisos, o alturas, como ellos los llamaban, se iban elevando todos alrededor del muro, dejando un gran hueco de al menos tres metros de diámetro, y todas ellas se unían al menos

por dos escalinatas opuestas. Toda la estructura interior había sido construida en madera, tanto las escalinatas, como las alturas, grandes plataformas como en la que Leire se encontraba ahora, por las que se podía caminar visitando toda esa inmensidad de recuerdos y acontecimientos archivados. Toda altura estaba rodeada por una gran estantería que ocultaba totalmente los muros de roca de la gran torre, y en ellas, cientos de miles de libros, pergaminos, manuscritos y grandes grimorios se archivaban y guardaban, algunos de ellos desde tiempos inmemorables...

La joven bajó del taburete con cuidado y observó el libro que tenía sobre sus manos. Leyó en voz alta su título otra vez, y sonrió pensando en que si su madre o algún vigilante de la orden apareciera en ese momento, perdería toda oportunidad de conseguir las tan esperadas partituras que ansiaba... Guardó el pesado libro en su mochila, y se encaminó a la escalinata más próxima con un gran suspiro para descender desde la altura veintisiete. Tratando de no ser vista, llegó hasta la altura tercera, lo cual le llevó un gran rato, donde no pudo evitar cruzarse con algunos estudiosos de la orden, que al verla levantaron la cabeza dejando de leer, la miraron, y volvieron a sumergirse en aquello que estuvieran leyendo, sin dar importancia al hecho de que la joven estuviera allí. No era de extrañar que Leire se encontrara en ese mismo momento allí, pues su turno había terminado hacía poco y ahora debía regresar. La joven muchacha siempre permanecía en la Torre del Recuerdo más tiempo del que le era permitido, pero, ya resignados, los vigilantes no trataban de impedirselo. Ésta trabajaba ahí

desde hacía tiempo y era ya conocida por muchos, no sólo por ser hija de quien era, o sobrina de quien era, sino por parecer, según habían dicho algunos entre susurros, la más devota de todas las mozuelas del coro. Según dijeron, Leire tenía la voz más bonita, y su don para la música era un regalo digno del mismísimo Dios del Recuerdo, de quien decían que acudía a escucharla cuando tocaba cualquiera de los instrumentos que con grandes artes conocía, que no eran pocos... La muchacha había entrado en la Orden del Último Recuerdo por su madre, una de las más altas sacerdotisas que en ese momento la orden podía presumir de tener. Esta orden se dedicaba al cuidado y mantenimiento de la Torre del Recuerdo, erguida desde hacía mucho tiempo, durante los Días Antiguos, cuando el Mundo aun era joven. Una vez, según contaba la leyenda, el Dios del Recuerdo se le apareció a unos exploradores que llegaron a la Isla que Flota, en el Mar de los Enanos, y les dijo que allí mismo debía morar, pues no era aceptado en el Otro Lado del Mundo, donde moraban los Dioses. Les dijo que levantaran para Él el mayor templo a ese Lado del Mundo, una alta torre que llegara a perderse en el cielo, digna de Él y su grandeza, para mantenerse lo más alejado posible del resto de Dioses, y que se aproximara a la Luna por las noches, tras la cual habitaba Moulth, la Diosa de la Noche y los Sueños, de la cual Éste estaba enamorado... Les dijo que si hacían así, viviría en lo más alto de la torre, cuidándolos y velándolos. Así hicieron aquellos exploradores, entre los que se encontraban dos elfos, tres enanos y cinco hombres, entre los cuales, una mujer. Según cuenta la leyenda, la cual se llegó a

convertir en credo para la Orden del Último Recuerdo, fundada ese mismo día por aquellos que se encontraban presentes, se levantó la Torre del Recuerdo en honor al Dios del Recuerdo, cuando aun era joven, y a partir de entonces, fue creciendo y creciendo, hasta haber llegado a ser la única construcción del Mundo del cual no alcanzaba a verse el fin desde su base... Allá en lo alto vivía el Dios del Recuerdo, el cual se formaba, según decían los eruditos de la orden, por todos los recuerdos almacenados en el interior de la gran torre. Aquel primer día en que se fundara la Orden del Último Recuerdo, fue formada por estos dos elfos, tres enanos, cuatro hombres y por esta única mujer, y comenzaron ellos solos la edificación del templo, el cual aun no estaba terminado y decían que jamás lo estaría, al menos no mientras se sigan guardando en él más y más recuerdos... A estos diez se unieron más tarde unos cuantos, que pronto formaron una pequeña comunidad que se regía según el credo de la nueva Religión del Recuerdo. En la ciudad, a la cual llamaron en un principio Mesnäa, aunque más tarde se llamó simplemente la Torre del Recuerdo, quedando este nombre tan sólo para sus habitantes, la Orden del Último Recuerdo tomó el poder, dirigiéndola como la clase alta desde entonces hasta los días que ocupan nuestra historia... De entre aquellos que formaron en un principio la orden, tan solo aun vivían los dos elfos y uno de los enanos, el cual no gozaba de buena salud y se mantenía recluido, a la espera de la muerte, entretenido entre libros y estudios. Cuando el primero de los integrantes de la orden murió, uno de los hombres, decidieron que solamente la descendencia de estos

primeros integrantes podría entrar a formar parte de la orden, y con ello de la clase alta y dirigente de la ciudad, y desde aquel entonces, tan sólo descendientes de ellos pudieron pertenecer a la Orden del Último Recuerdo. De entre todos aquellos que a lo largo del tiempo formaron parte de la orden, se encontraba Leire, esta muchacha de la cual también iba a cambiar el destino en los minutos siguientes...

La joven se sentó, cansada tras descender las veinticuatro escalinatas, en la misma mesa que estos estudiosos que la ignoraban, sacó el pesado libro que se había guardado en su mochila, y lo dejó sobre la mesa, haciendo un ruido sordo que ni los inmutó. La altura tercera era una de esas pocas que habían sido construidas de modo que no había un hueco central de la torre, formando una gran estancia circular donde aquellos que quisieran, y les fuera permitido, pudieran ir a leer o estudiar de entre tanto y tanto material que allí había reunido. En el centro de la estancia había una gran mesa, también circular, con numerosas sillas, sobre una de las cuales se encontraba Leire en ese momento, apunto de abrir ese libro titulado "*Letras del Sonido*", apunto de cambiarle la vida... La muchacha abrió el libro, ansiosa por encontrar todas aquellas partituras que le habían dicho que allí encontraría, trató de hacerlo por una página al azar, y así hizo, de manera que lo abrió por donde alguien ya parecía haber estado curioseando...

Justo por donde abrió faltaba una página que había sido arrancada, y en su lugar, había un sobre de una carta, cerrado por un sello de lacre en forma del símbolo de la Orden del Último Recuerdo, un trébol de

cuatro hojas en el interior de un círculo. Con un bonito ribete decía: *Leire...* Ella levantó la cabeza, esperando encontrar a aquél que le había gastado la broma, que seguro la observaba desde alguna esquina, mofándose. Pero nadie había salvo tres estudiosos inmersos en su lectura que la ignoraban. La bonita muchacha cogió el sobre y lo abrió con cuidado, tratando de no romperlo, por si a caso no debiera hacerlo, poder devolverlo en buen estado. Había una nota que decía algo así:

Fuiste tú quien llegó al Mundo con este cometido por llevar a cabo, entre las cientos de páginas que en mi Templo se guardarán para siempre, inmersas en el Recuerdo, alguna hablará sobre tu hazaña, gesta que ahora te encomiendo, necesidad para el bienestar del Mundo y la prosperidad de aquellos que te acompañan morándolo...

Tu música será la que nos traiga de nuevo la melodía de Claudia, y entre los altos muros que sostienen mi casa, otra vez sonará, inundándola con su presencia... Tú has sido siempre la elegida para esta tarea que ahora se te encomienda, cúmplela en mi nombre, y bajo mi mano libera al Mundo de las pesadillas que algún día pueden atormentarlo...

La niña debe acompañarte en tu viaje, y con su ayuda calmarás la tristeza que aun atormenta a su poseedor, pero cuidado, no debes rebasar las Líneas del Destino que dirigen el Tiempo. Debe ser ella quien decida, y con su decisión ayudéis al pobre desolado por la pena...

Responde a mi llamada y devuelve aquello que nos fue hurtado, entre las Líneas del Tiempo se habla de cómo peligra el Mundo y su armonía imperecedera...

Leire quedó en silencio tras leerla, sin levantar la mirada de la nota, tratando de entender su significado, sin lograr conseguirlo...

Pasado un rato, se levantó y corrió a buscar a su madre, no sin antes devolver el pesado libro a su sitio, del cual prácticamente no había consultado nada, embriagada por la duda y la consternación. Cuando la encontró le preguntó por la nota, le dijo que se había quedado leyendo después de su turno y que se la había encontrado. Leire sabía perfectamente que sacar el material del templo estaba duramente castigado, incluso a veces con la muerte, pero había decidido hacer una excepción con esta nota, pues claramente iba dirigida a ella, y no entendía por qué. Esta curiosidad no pareció valer a su madre como excusa, la cual, al ver la nota, se asombró y regañó a su hija duramente. Pasados discusión y enfado, juntas atendieron al asunto, y en cuanto la hubo leído y conocido toda la historia de la nota, su madre mostró más interés.

- Leire, por el momento mantendremos en secreto que esto ha salido de la torre. Yo la guardaré. Iré a hablar con los Altos Maestres de la orden, les diré que nunca llegaste a traerla hasta aquí, cosa espero nunca jamás se repita,- Al decir esto, Leire bajó la mirada avergonzada.- y les pediré consejo y opinión... Si esto es lo que parece, hija mía, traerá consecuencias...

Así terminó aquella conversación, tras la cual pasaron unos meses hasta que Leire fuera convocada ante los Altos Maestres de la Orden del Último Recuerdo, donde le pidieron que les contara su versión de la historia, cómo habían transcurrido los hechos... Hasta el momento, nadie le había explicado el por qué de

una espera tan larga para un hecho tan extraño como había sido encontrar la nota, pero en breve lo descubriría...

La joven sintió cómo se le aceleraba el pulso al entrar en la gran estancia de la altura treinta y dos, al cruzar el umbral de la puerta, justo donde terminaba la escalinata, ésta construida en piedra, pudo observar a cinco de los Altos Maestres sentados alrededor de una mesa ovalada, entre ellos estaban los tres únicos integrantes de la orden que aun vivían desde que fuese fundada, los llamados Primeros Integrantes, lo cual hizo a Leire entrar en un estado de nerviosismo aun mayor. Entró y la hicieron sentarse, entonces vio a su madre, de pie, a un lado, junto a ella estaba su tío Leraen, también un alto cargo en la orden. Ella tomó asiento donde le ofrecieron, junto a otra silla donde una chica que trataba de ocultar sus rasgos élficos bajo una capucha la esperaba, mirándola detenidamente. Leire, sin poder evitar temblar, se sentó mirándoles, tratando de adivinar lo que ocurriría en los próximos minutos...

- No estés nerviosa Leire, es el Destino quien te ha llamado, y si todo lo que ahora se vislumbra es confirmado, la próxima vez que seas recibida por esta cámara será con los más grandes honores...- El primero en hablar fue uno de los dos elfos, el más anciano, del cual ya comenzaban a apreciarse los años. Su voz sonó clara y calmada, pero a la vez tierna y cariñosa.- Sabemos que esta nota fue extraída de la Torre del Recuerdo... Bien sabes, Leire, que eso no está permitido según las leyes que nos gobiernan.- El Alto Maestre

quedó callado por unos momentos en que Leire no pudo evitar mirar a su madre expresando el enfado que le producía su traición. Se lo había contado, había sido capaz...- No debes preocuparte. Esta nota fue hecha para ser extraída de la Torre del Recuerdo. Esta nota, si nuestra intuición es correcta, no es un recuerdo más del Dios del Recuerdo, es una llamada que él mismo te ha hecho.- Otra vez la estancia quedó en silencio.

- Es normal el sentimiento que te invade en este momento, muchacha.- Fue el enano quien ahora percibía su nerviosismo, habló con voz ronca, como si estuviera a punto de toser pero sin llegar a hacerlo, sus labios se movían, aunque casi no se apreciaba bajo la espesa barba gris. Él tenía la nota en la mano.- Esta nota, parece ser, la ha enviado el Dios del Recuerdo para pedirte algo, algo debes hacer por Él. ¿Sabes de qué se trata?- Ella negó con la cabeza.- Bueno, no temas, nosotros creemos saberlo. Pero antes, cuéntanos cómo fue el momento en que la encontraste...

El viejo enano calló para darle paso, al principio habló con voz entrecortada, pero a medida que lo iba contando, su discurso fue cogiendo firmeza y terminó por explicarlo todo bien y al detalle, al menos como ella lo recordaba. Cuando sus palabras hubieron cesado, al mezclar su discurso de lo pasado con el presente en que se encontraba, el viejo enano sacó un pesado libro y lo dejó frente a sí, sobre la gran mesa ovalada, entonces Leire pudo leer de nuevo como con unos hermosos ribetes plateados en su lado decía intrigante su nombre, "*Letras del Sonido*". El Alto Maestre lo abrió por el medio y buscó hasta encontrar donde faltaba una página, que

había sido arrancada hacía tiempo. Entonces el elfo habló de nuevo con su voz tierna y cariñosa.

- Joven muchacha, como bien sabes, una página fue arrancada de este grimorio una vez. Al menos unos diez años han pasado ya desde aquel incidente, cuando un hombre enamorado violó nuestra seguridad y se hizo con ella, pues para él tenía incluso más valor del que aquí en un principio se le había dado. La historia de la página se remonta a aquellos días, cuando dos enamorados cantaron juntos una melodía haciendo alarde de su amor, disfrutando con las tristes notas que en ella se escondían. Por algún capricho del Destino, que gobierna todo cuanto acontece desde que todo fue creado y lo hará hasta que todo haya desaparecido, la amante de aquel que nos hurtó esta página se suicidó al no soportar una pesada carga, sus razones pesaban más que sus ilusiones, y el Mundo cambió a partir de este hecho, ya sabréis de qué manera... Así, por esta razón, el amante de esta chica, a la que llamaban Claudia, se hundió en la tristeza y la soledad, y acudió a nosotros reclamando la partitura de la canción de su amada, a lo cual nosotros nos negamos, por supuesto. Pero él, invadido por la pena y la necesidad, nos la robó en un caro despiste que recién ahora estamos comenzando a pagar...- El elfo calló de nuevo, dando paso al viejo enano, que habló otra vez carraspeando, a punto de toser, pero sin llegar a hacerlo.

- *“La niña debe acompañarte en tu viaje, y con su ayuda calmarás la tristeza que aun atormenta a su poseedor...”* Así decía tu nota, Leire, y tras mucho investigar, hemos encontrado a esta niña a la que el Dios del Recuerdo hacía referencia...- Su voz calló por un

momento y dejó de mirarla, para mirar a la chica elfa que se sentaba junto a ella y que hasta ahora había permanecido callada y prácticamente inadvertida.- Hola Neya.- Dijo.- Bienvenida seas a la Torre del Recuerdo y a este concilio. Para nosotros eres una invitada recibida con altos honores, espero que entiendas lo que significa para nosotros tu presencia aquí, y que aceptes nuestros más sinceros y calurosos agradecimientos. Sabemos que éste ha debido resultar un largo y pesado viaje para ti, te hemos sacado de tu vida real para proponerte una empresa que tal vez no desees llevar a cabo, y que en cualquier momento puedes rechazar, pues sin plena voluntad y confianza no lograríais alcanzar el propósito que ahora se os va a plantear...

- Bueno, como hemos dicho, la partitura de la canción de Clauda fue robada, hará ya al menos diez años, y es voluntad del Dios del Recuerdo que vosotras la encontréis y la traigáis aquí de vuelta, a donde legítimamente pertenece.- El elfo volvió a tomar la palabra, en su rostro se apreciaba una seriedad inquebrantable, como si fuese a hablar sobre temas demasiado importantes como para bromear con ellos.- En juego hay otras razones y variables que no deben ser ahora tratadas, temas que hablan sobre el Destino del Mundo y los peligros con que éste amenaza por medio de la partitura, pero que por temor a nombrar asuntos que no son, o no deberían ser por nosotros controlados, dejaremos este asunto relegado para más adelante, confiando en que aceptéis y logréis esta importante empresa. Ahora mismo no importan estos asuntos, no os preocupéis ni os abruméis con ellos, tan sólo debéis traer

de vuelta la partitura de la canción de Claudia y todo quedará ya resuelto y atado...

Todos quedaron en silencio, estaban esperando las respuestas de las dos jóvenes. Leire sabía que debía aceptar, prácticamente no tenía opción, pero aun así se sentía emocionada y deseaba aceptarlo, así que no dudo y asintió con la cabeza, aunque justo cuando se disponía a hablar, el silencio se rompió con otra voz que no fue la suya.

- He venido hasta aquí a ciegas, pero no por no alcanzar a ver el horizonte que ante mí se alejaba a medida que me iba acercando, sino porque yo misma me he colocado una venda en los ojos que me ha impedido verlo. Si ha sido voluntad del Dios del Recuerdo que yo, entre tantos como poblamos este mundo, haya venido hasta aquí con mi venda tapándome el horizonte, ahora no seré quien me la quité para mirar hacia donde no debo ver. No es el momento aun. Acepto este cometido y en él pondré todo mi empeño, si he de partir en busca de vuestra partitura, incluso sin saber qué asuntos atormentan al mundo tras ella, iré y daré cuanto tengo por conseguirla.- Fue Neya, la bonita chica elfa que se sentaba junto a Leire, la que había hablado, por primera vez en esta reunión, dejando maravillados a todos los presentes con su hermosa voz, tan tierna y suave como el azul del cielo que contenían sus ojos, que brillaron alucinantes bajo la luz de las antorchas y candelabros que alumbraban la estancia de la altura treinta y dos.

- Agradecemos tu decisión, Neya, y confiamos en ti como el Dios del Recuerdo lo ha hecho al pedirte que actúes en su nombre. Sabemos que serás capaz de lograr

lo que te propongas, sea lo que sea. Ahora bien, en ti aun queda una decisión por ser tomada, todavía no puedes saber cuál es, pero llegará el debido momento en que te encuentres con ella, y debas afrontarla. A esta decisión se debe que hayas sido tú la elegida entre tantos como moramos en el mundo, como muy bien tu has sabido remarcar. En ese momento, cuando tomes tu decisión, el Mundo cambiará de nuevo, pero tranquila, no eres tú quien controla todo eso, es una fuerza muy superior a ti y a nosotros, el Destino, que desde algún lugar mece nuestros caminos, los enreda y los complica. No temas nunca por tus decisiones, afróntalas al llegar y sigue adelante, pues tu camino fue trazado hace ya mucho, por largo que sea, y aquí, en la Torre del Recuerdo, es donde confluyen todos para que nunca sean olvidados...- Cuando las palabras el anciano elfo cesaron, la bonita muchacha tan sólo asintió sonriendo.

Después, todos volvieron a quedar en completo silencio, aunque ahora todas las miradas estaban puestas en Leire, que sintió un hormigueo correrle por el cuello, causado por el nerviosismo...

- Yo también iré.- Se limitó a decir...

La reunión continuó por un rato, en que se concretaron los últimos preparativos para el viaje, para el cual no estimaban más de un par de días, tal vez tres o cuatro, pero no más. Al parecer, Neya había llegado a la Torre del Recuerdo ese mismo día, tras haber recorrido un larguísimo viaje en el que había cruzado los Mares del Mundo, pues provenía de los Reinos Elfos de Eleanor, y tan pronto como hubo estado ahí, habían celebrado el

concilio para poder darle explicaciones a la bonita muchacha elfa.

El viaje comenzaría al día siguiente. Neya no parecía cansada tras el duro recorrido y los Altos Maestres de la Orden del Último Recuerdo no querían demorarse más. Le habían buscado alojamiento en el pueblo, un lugar confortable, pero por decisión de ambas muchachas, pasarían la noche juntas, - Para empezar a conocerse...- dijeron. Cenaron juntas en casa de Leire, a la cena acudió el novio de ésta, un fuerte granjero que trabajaba en los campos, a las afueras del pueblo, sus padres y su tío Leraen, el cual las acompañaría en la primera parte de su misión. Debían ir hasta el antiguo hogar de Clauda, deshabitado ya desde hacía años, para buscar algún indicio de dónde podrían encontrar a su amante, y por seguridad, con ellas iría Leraen, un gran entendido en todo lo relacionado con el hurto y la canción de Clauda. Según contaba la leyenda, el amante había huido hasta algún lugar cercano donde ella se hubo suicidado, saltando desde lo alto de las montañas hasta el fondo del Mar de los Enanos. Tal vez en su viejo y arruinado hogar podrían encontrar algo que les ayudara en su busca...

Neya y Leire pasaron una buena cena, seguida de una buena noche, en la que ambas entablaron una temprana amistad. Al día siguiente las levantaron pronto, habían dormido juntas. Debían partir y el padre de Leire y su Tío, Leraen, marcharían con ellas hasta Karag-Biel, donde ya continuarían las dos muchachas y el tío de Leire. Antes de eso, de tomar el barco que les llevara desde la Isla Flotante donde se encontraba la

Torre del Recuerdo hasta ese puerto enano por donde Neya ya había pasado y donde Leire había estado ya tantas otras veces, la bonita muchacha tuvo que despedirse de su madre...

- Mamá, siempre has dicho que llegaría el momento en que demostraría mi profunda devoción por el Dios del Recuerdo,- Esto último lo dijo en tono irónico.- creo que ya ha llegado ese momento, y nadie se lo esperaba. Eso es lo que más me gusta, que no ha salido de nadie, y que, aunque me veo obligada a hacerlo, lo hago más porque lo deseo que porque vosotros lo deseáis... No sé como se desarrollarán los próximos acontecimientos, pero trataré de no desilusionaros...

- Y estoy segura de que no lo harás, tienes capacidad para conseguir aquello que te propongas. Éste tan sólo es un pequeño paso en tu vida hacia lo más alto en la orden...- Leire torció la expresión de su rostro indicando lo harta que estaba de que su madre le repitiera siempre lo mismo, abrumada con tan altas expectativas que se esperaban de ella.- Vale, no te diré nada más. Pero te daré algo. Eres buena con tu música, y ése es tu modo de canalizar la magia que el Dios del Recuerdo filtra al Mundo... A través de ti. Te daré algo que siempre ha sido tuyo, por derecho de nacimiento, pues ya mi madre me lo dio a mi, y mi abuela a ella, y así se hizo desde que el mismísimo Dios del Recuerdo nos lo otorgara hace ya mucho, mucho tiempo...- Calló un momento y anduvo hasta una gran alacena en el centro del salón de su hogar, donde Leire no acostumbraba a mirar. De ahí sacó una cajita de madrea muy bien tallada, muy hermosa. Los ribetes con que se dibujaban

extrañas formas hacían alusión a escenas épicas de antaño, cuando los Dioses hubieron desterrado al Dios del Recuerdo de la Tierra de los Dioses, en el Otro Lado del Mundo, y se hubiera instalado en lo alto de la Torre del Recuerdo.- Toma, la llaman *La Flauta de Mellaen*, a través de ella sabrás canalizar las hebras de magia que flotan en el aire invisibles. Utilízala bien, fue hecha con grandes fines. Ahora a ti te pertenece, cuidala, y llegado el momento, entrégasela a tu hija para que así se continúe con la tradición...

Leire la tomó sorprendida, observó la suave madera y sus relieves, era tan hermosa... Abrió la cajita y dentro encontró una flauta increíble, era preciosa, tallada en madera blanca, más corta de lo habitual en una flauta, pero muchísimo más hermosa que cualquier otra que hubiera visto antes.- Muchas gracias mamá, la cuidaré bien para poder continuar con esta tradición que hasta ahora desconocía... Es muy bonita... Gracias, de verdad.

Madre e hija se abrazaron fuertemente para despedirse, se dieron un gran beso y, tras unos minutos intensos, se separaron, ambas tenían los ojos llorosos, y tras la marcha de las muchachas, la madre de Leire no pudo evitar dejar escapar alguna lágrima orgullosa. Esa primera jornada de viaje fue muy ajetreada, el padre de Leire iría con ellos hasta Karag-Biel pues les había prometido conseguir un caballo y era allí donde lo encontraría, pues en la Torre del Recuerdo no acostumbraban a utilizar este tipo de animales, ya que no había grandes distancias a recorrer. Tomaron el barco que les llevó desde la Isla Flotante, siempre en continuo

movimiento, a la deriva, en el mar de los Enanos, hasta llegar a la gran ciudad portuaria. Allí el padre de Leire pudo conseguirles dos fuertes caballos, gracias a un favor que le debía un conocido, porque aunque era más fácil encontrarlos allí que en la Isla Flotante, los enanos tampoco acostumbraban a montar. Como sólo fueron dos los caballos conseguidos, las dos muchachas compartieron uno y Leraen, el tío de Leire, montó el otro. Tras un rato, durante el cual se aprovisionaron de víveres y materiales necesarios, ya fueran armas o ropa de abrigo, emprendieron su viaje con rumbo al antiguo hogar de Clauda, donde les esperaba alguna sorpresa imprevista, pero no sin antes despedirse Leire de su padre, con el cual guardaba una estrecha relación. La despedida fue en el mismo puerto, donde éste debía tomar el barco de regreso a la Torre del Recuerdo, ambos se fundieron en un gran abrazo, triste pero esperanzado, pues pronto volverían a verse, después de que algunas cosas importantes hubieran acontecido en el Mundo...

Escena II

Las Ruinas del Pasado

El gran caserón aun se levantaba a duras penas sobre la colina desde hacía largos años, tras él, un grandioso atardecer en el que el Mundo se despedía de un sol anaranjado y recibía otra misteriosa noche maravillando a los tres viajeros, que, sin querer evitarlo, se acercaban cada vez más y más, como persiguiendo a esa bola naranja y grandiosa, la cual trataba de esconderse, tal vez huyendo de ellos, tras la torre del caserón en ruinas. Éste constaba de una planta baja, cuyos extremos ya se podían apreciar, incluso a la distancia a la que se encontraban, derruidos por el duro paso de los largos inviernos en las Montañas de los Enanos, y un segundo nivel comprendido por esta torre, cuyo tejado de negruzca pizarra comenzaba a brillar anaranjado al esconder al grandioso sol tras de sí.

Sólo un camino llegaba hasta ese caserón, sobre esa colina, donde una vez, hacía ya al menos unos diez

años, vivieron dos amantes felizmente, hasta que toda su armonía se vio truncada por un simple capricho del Destino, o tal vez de algo menos importante, aunque sí poderoso... Ahora, pasado todo este tiempo, tan sólo quedaban las ruinas de lo que había sido un idilio para dos jóvenes enamorados. Por ese único camino ahora venían llegando tres extraños viajeros, tras una dura jornada de viaje, a lomos de tan sólo dos caballos. Un hombre ya mayor, en el que una barba grisácea y mal cuidada escondía cuánta sabiduría era capaz de albergarse en alguien que nunca había dejado de leer y estudiar viejos escritos, hasta ese momento, en que comenzaba a maravillarse con pequeñas, o grandiosas cosas, como ese atardecer anaranjado. Junto a él, sobre el otro caballo, dos chicas muy diferentes, aunque tan parecidas como era posible, en el grado de lo que las movía y las había traído hasta ese preciso lugar y en ese preciso momento desde lugares tan remotos como cabía imaginar, casualidades que ahora convergían en lo que sería una fuerte y, desde luego, duradera amistad... Neya y Leire, junto al tío de ésta, Leraen, llegaron por fin al primer destino de su camino, del que también sería, lamentablemente, el final para uno de ellos. Allí, donde hubo vivido Clauda, la cual ya había muerto al saltar a lo más profundo del Mar de los Enanos, donde aun reposaba imaginando y creando, y su amante, que se encontraba desaparecido desde hacía esos diez años y al cual debían encontrar pues poseía la canción de Clauda, que por petición expresa del Dios del Recuerdo debía ser traída de vuelta a la Torre del Recuerdo, pues escondía peligros que amenazarían al Mundo, allí, en aquel

caserón derruido, esperaban encontrar indicios de a dónde habría huido éste...

Subieron por el camino que, remontando la falda de la colina, llegaba hasta el antiguo caserón ya medio derruido. La torre aun se mantenía firme, aunque de la planta baja ya algunas de las habitaciones estaban completamente derrumbadas, excepto las del interior, donde incluso el techo aun permanecía en su sitio. Por donde se disponían a entrar, una cámara a modo de recibidor, aun se apreciaba una gran puerta de antaño, parte del arco ojival con que debió haber recibido a los invitados aun se mantenía en pie, dándoles la bienvenida con gran estilo. Una vez cruzado y ya en el interior de lo que debió haber sido aquel recibidor, aun parecían estar en la calle, pues el techo estaba completamente derrumbado, ahora ya en el suelo en forma de grandes rocas recubiertas de altos hierbajos que habían crecido libres, alimentados por el tiempo, las lluvias y la intemperie. Frente a ellos, otra puerta que ya daba al interior de la casa, pues tras ella el techo aun protegía el interior. La puerta que unía estas dos habitaciones era de madera, más humilde que la anterior, que habría servido de entrada, y que ahora había dejado ese papel a ésta, que se encontraba cerrada.

- ¿Cómo vamos a abrirla?- Dijo Neya con voz tierna.

- Mmm... Dejádme ver.- Leraen se acercó a la puerta a través de las grandes rocas que yacían en el suelo. Escuchó, juntando su oído a la madera, tratando de asegurarse de que estaban solos.- No oigo nada...- Tomó el pomo, viejo y medio oxidado, y lo giró despacio

sin esperar éxito alguno, pero se equivocaba. La puerta se abrió muy despacio, dando paso a un segundo recibidor.- Ha sido más fácil de lo que esperaba...- Dijo con una mueca burlona en su cara.

Abrió la puerta del todo, despacio, y entraron a la siguiente habitación. Era del mismo tamaño, aunque esta vez el techo descendía cubriéndola desde la pared de en frente, de manera que nacía a unos tres metros del suelo de ésta, y terminaba justo sobre el arco de la puerta por la que estaban entrando. En frente, una tercera puerta, ésta entreabierta, y en la esquina superior izquierda del techo, cerca de esa puerta entreabierta, una trampilla que debía conducir al tejado mismo, pues en esa parte del caserón no había ningún piso superior, la torre debía estar sobre la estancia siguiente, o incluso más allá, si su orientación no les fallaba. Para acceder a la trampilla había una escalinata de piedra medio derruida, aunque aun podría ser utilizada.

- Bueno, se nos divide el camino... Qué extraño, una trampilla que conduce al tejado... ¿Por dónde queréis ir?- Dijo él dubitativo.

- ¿Echamos un vistazo a la trampilla?- Leire habló mirando a Neya, sonriéndole con complicidad. Ella afirmó con la cabeza, devolviéndole la sonrisa.

- Muy bien...- Dijo su tío.- Id mirando vosotras a ver qué hay ahí.. Yo me asomaré a la puerta. Tened cuidado no os vayáis a hacer daño.- Tras decir esto, se acercó a la puerta entreabierta y miró a través de la rendija durante unos segundos en que Leire y Neya trataban de trepar por la escalinata de piedra medio derruida, después, éste abrió la puerta y desapareció de la

habitación, dejando a las dos bonitas muchachas solas en su intento.

Al ser Neya más alta que Leire, fue quien intentó abrir la trampilla, aunque casi sin alcanzarla, Leire la ayudaba desde abajo. Estuvieron intentándolo durante unos minutos, sin conseguirlo, y entonces Neya comenzó a descender, para continuar por donde había ido el tío de Leire, en eso, él entro de vuelta...

- Ssssh... No hagáis ruido. No estamos solos. Alguien más hay en la torre, venid conmigo, en silencio...

Los tres cruzaron la puerta que daba paso a lo que habría sido un gran comedor, a su derecha quedaba una vieja estantería que recorría la pared hasta hacer esquina y continuaba por la fachada lateral hasta la mitad del salón, donde se encontraba con una ventana, cuyas contraventanas de madera permanecían cerradas. Después, haciendo también esquina, una preciosa chimenea donde seguro ardió alguna vez un bonito fuego calentando la estancia. Frente a ellas, y en mitad del gran comedor, dos antiguos sofás, rasgados y destrozados por el tiempo, uno de ellos volcado. Junto a ellos, muchos libros que alguien había arrojado desde la estantería deliberadamente. Una alfombra asquerosa cubría todo el suelo, era de color marrón, pero ya no se podía apreciar a la piel de qué animal habría pertenecido. Frente a ellos, otra puerta, ésta abierta, que parecía conducir al exterior, o al menos lo que había sido una habitación y ahora no eran más que escombros del pasado. El gran comedor tenía forma de "L", de manera que hacia la izquierda torcía dando paso a lo que habría sido el comedor en sí, pues aun quedaba una gran mesa ovalada con alguna silla

por ahí tirada. En la esquina de la “L”, otra puerta que también estaba abierta, y que al pasar por delante pudieron ver que conducía a lo que habría servido de cocina, parecía todo desordenado y algunos de los muros se habían derrumbado. En el fondo del comedor, tras aquella mesa ovalada, una escalinata de caracol, también de piedra, aunque ésta bien cuidada por el tiempo, que subía hasta alguna estancia superior, la torre donde Leraen había oído unas voces... Ahí se dirigieron.

- Yo primero.- Dijo él presumiendo valentía. Comenzó a subir por la escalera de caracol, muy despacio y sin hacer una pizca de ruido, hasta girar y perderse, ya en el piso superior. Tras él fueron Leire y Neya. Llegaron hasta donde una puerta cerrada les impedía el paso, escucharon como Leraen hubo hecho anteriormente, pero esta vez nada oyeron... Se encogió de hombros mirándolas.- Aquí hay alguien más, estoy seguro...

- ¿Quién?- Dijo Neya.

- No lo sé, no lo sé... Pero seguro.

- Pero... ¿Cuántos eran? ¿Qué voces tenían?-

Continuó murmurando Leire.

- No lo sé, yo he oído sólo a uno, pero podrían haber más...

- ¿Y por qué hablamos en susurros? Tenemos tanto derecho de estar aquí como cualquier otro, esta casa lleva abandonada mucho tiempo...

- ¿Quién anda ahí...?- La voz desde el interior interrumpió a Leire. Ellos quedaron callados, asustados, tres escalofríos les recorrieron el cuerpo al unísono...- Seas quién seas, muéstrate...- Parecía la voz de un

anciano, aunque era firme y amenazante, como si el paso de los años la hubiera enriquecido en lugar de haberla estropeado. Ninguno de los tres supo qué responder, cuando ya por fin Leraen iba a decir algo, la voz desde el interior volvió a interrumpirles.- Déjame verte o tendré que salir a buscarte...

El tío de Leire abrió la puerta muy despacio, con una sola mano, y ésta chirrió a lo largo de todo su recorrido hasta golpear contra la pared. Frente a ellos ahora quedaba la entrada a la estancia, que torcía hacia la izquierda, de modo que ellos no veían más que una pared blanca y el principio de un viejo escritorio de madera. Más allá debía continuar la habitación del interior de la torre, y debía estar aquel anciano que los esperaba, al parecer, impaciente... Leraen fue el primero en entrar, tras él las dos chicas, que al fin pudieron ver al viejo. Se encontraba apoyado sobre el escritorio con su mano izquierda, bajo la cual parecía estar guardando unas hojas arrancadas de algún sitio con algo escrito. Estaba de pie, apoyándose con su otra mano en un gran báculo de hechicero, constaba de una gran vara retorcida adoptando la forma del cuerpo de un fiero dragón, con las alas y la cola enrolladas, y que en su extremo superior terminaba en la gran cabeza de la bestia, con la boca abierta hacia arriba, donde apesaba fuertemente con sus colmillos una calavera humana. Parecía estar incluso disfrutando... El viejo vestía una túnica granate con algunos ribetes morados que le ocultaba desde los pies hasta el cuello, donde terminaba en un dobladillo extraño, también de color morado. Tras él había una gran puerta, medio derruida, que llevaba a una gran terraza exterior.

- ¿Quiénes sois?- Habló con voz grave y firme.-
Marchaos, ésta es mi casa.

- No,- Respondió Neya tajante, ignorando el peligro que ese ser era capaz de albergar.- Éste fue una vez el hogar de Clauda...

- Ssssh!- El tío de Leire le puso la mano en la boca para que callara, en su mirada podía verse lo asustado que estaba...- ¿Quién eres?- Le preguntó al viejo hechicero.

- Qué te importa a ti, insignificante, quién sea yo... Marchaos ahora si no queréis quedaros en este lugar para siempre, morando condenados por algo tan inmenso que ni lograrais comprender...- Los tres quedaron en silencio, aturridos tras la amenaza...- No sé qué os ha traído hoy hasta aquí, como casualidad del Destino, pero ya es hora de que os marchéis.

- No podemos irnos, hemos venido a buscar una cosa importante...- Tras unos instantes, fue Leire quien habló.- Al encontrarla, nos marcharemos para siempre.

- Dime, muchacha, ¿qué es aquello que tanto ansías?

Leire, antes de responder, miró a su tío buscando una aprobación en su cara.- El rastro del que fuese amante de Clauda...

El viejo sonrió complacido.- Acabas de condenarte a ti misma. Nunca reveles tu intención a un desconocido que podría participar de tu misma historia como un enemigo, pues desde entonces ya conocerá todos tus movimientos... Dime, muchacha, ¿qué harás ahora, al decirte que lo que buscas fue el Destino quien lo perdió en el Tiempo, y que ahí es donde debe estar, perdido,

esperándome para ser encontrado?- Todo quedó en silencio. Ninguno de los tres pudo comprender las palabras del viejo.- Mi nombre es Antâgon, ya me avisaron de que vendrías buscando la Canción de Clauda, aunque bien sé que el que me mandó encontrarla ató bien las cosas para que no lograrais vuestro cometido. He de ser yo, con un fin demasiado grandioso, quien deba hallarla.- De nuevo el silencio...- Así pues os pido que os marchéis, aquí no está lo que andáis buscando...- Al decir esto, Leire pudo apreciar un movimiento sospechoso en su mano izquierda, con la que el viejo aun se mantenía apoyado sobre unas hojas de papel escritas... Él la vio mirarlas y sonrió.- Niña, estas hojas son ahora mías, escucha mi consejo y márchate con los que te acompañan.

Leire, intuyendo la importancia de las hojas, se llevó la flauta que su madre le hubo regalado a los labios y sopló enérgicamente una nota determinada, con la que lanzó un hechizo que cruzó el aire hasta colarse bajo los dedos del hechicero, haciendo resbalar a las hojas sobre la mesa y elevándose en vuelo, para llegar levitando hasta ella, aunque por el camino, antes de que aparentemente nadie hubiera reaccionado, las hojas escritas cayeron al suelo, como si la magia del hechizo de Leire se hubiera disipado en el aire... El brujo rió con una carcajada prepotente, hasta ahogarse en su áspera voz...

- Muchacha, tu magia aquí no sirve...- Tras decir esto, sonrió complacido al ver como la cara de Leire se torcía en impotencia al saber que el viejo había disipado su hechizo sin siquiera moverse... En eso, Neyá se anticipó a todos y saltó hacia el suelo, entre Antâgon y

donde ellos se encontraran, justo donde habían caído las hojas escritas. El hechicero, al verlo, reaccionó diciendo unas palabras en alguna lengua oscura que, por un momento, produjeron un escalofrío en sus tres enemigos, al mismo tiempo que señalaba a Neya con su báculo en forma de dragón. Al instante, el suelo comenzó a temblar bajo Neya, que permanecía tumbada con las hojas en las manos, de entre las baldosas comenzaron a crecer rápidamente unos pequeños hierbajos que pronto se convirtieron en fuertes raíces que agarraron a Neya, inmovilizándola, ahí en el suelo tumbada, la pobre chica elfa comenzó a gritar y a forcejear al verse prisionera del hechizo. Antâgon volvió a reír con desdén al sentirse poderoso, y de pronto comenzó a sentir como sus pies se enfriaban... ¡Leire estaba tocando su flauta de nuevo! Él, al reconocer el hechizo con que la muchacha trataba de convertirle en piedra, hizo un movimiento con su báculo frente a su cara, mirando fijamente a Leire, y dejó de sentir ese frío que le venía helando los pies. Había disipado el hechizo de Leire otra vez... En ese preciso momento, Leraen desenfundó una espada bajo su túnica y se lanzó sobre él con una expresión de terror en su rostro, casi más movido por la velocidad de la situación, que por su propia intención. Éste, alertado, dejó de reír de pronto al verse en un combate físico, hizo un movimiento rápido con su báculo, con gran estilo, y detuvo el golpe de Leraen, que por un instante se encontró frente a él con cuidado de no pisar a Neya. Antâgon, al sentir como se paraba el tiempo a pocos centímetros de su enemigo, sonrió de nuevo y abrió su mano izquierda cuanto pudo, tocándole en el pecho

mientras con la otra detenía su ataque, firme, con el báculo en forma de dragón. Leraen, al sentir el contacto con el brujo, se dio cuenta del error que había sido enfrentarse a él en combate cuerpo a cuerpo: Su pecho comenzó a congelarse y el frío a expandirse por su cuerpo, en décimas de segundo perdió toda habilidad motora y cayó contra él, llevado por la inercia de su salto. Todo ocurrió muy deprisa, ahora Leraen yacía inmóvil sobre Antâgon, que, como Neya, forcejeaba por liberarse. Ésta al fin consiguió liberarse una mano de entre las raíces que cada vez más la oprimían, y sin dudarle, la llevó a su cinto, de donde colgaba la bolsita de cuero que le hubo dado su madre, ya varios meses atrás... El miedo y la prisa no le permitieron recordar ese momento tan triste en que se separara de ella, y tomando la bolsita de cuero, se la llevó a la boca para abrirla, pues la otra mano aun permanecía presa, aunque agarrando fuertemente las hojas escritas. Estiró fuertemente del cordel con los dientes y la bolsita se abrió, un olor fétido, como a podrido, chocó contra su cara en ese momento, tan asqueroso... Pero ella no se detuvo, y sin mirar lo que comía, se llevó a la boca aquello que la bolsita contenía, al parecer, por el tacto en su boca, alguna clase de hongo. El sabor le produjo una náusea que se marchó tan rápido como hubo venido, y la bonita elfa sintió por dentro como si alguna fuerza creciera, haciéndola capaz de muchas cosas... Así gritó tan fuerte como pudo:- Haz de piedra lo que el hielo cubre, endurece lo que bajo él se mueve, histérico por huir, y desvanece las raíces que a mi cuerpo apresan...- Sin poder disipar ese hechizo, Antâgon sintió como el frío cuerpo de su enemigo le invadía y perdía la

movilidad de sus brazos y piernas, sintió como su corazón, amargado por los horrores vividos, latía más lento, costándole respirar y moverse. Sus brazos pesaban y en el interior de su pecho todo se paraba... Comenzó a gritar, y a ponerse nervioso, y sin darse cuenta perdió la concentración del hechizo que mantenía presa a Neya. Las raíces se desvanecieron y cayeron al suelo muertas y secas, y ella pudo levantarse, aunque dolorida. A todo esto, Leire trataba de ayudar a su tío, que no podía moverse y parecía casi inconsciente, haciendo un gran esfuerzo llegó a decir unas palabras...

- Marchaos. Tenéis las hojas, ahí debe decirse algo acerca de dónde encontrar la canción. Ella es más importante que yo... ¡Marcharos! ¡Conmigo aquí ganareis tiempo para huir!

- ¿Pero qué será de ti...?- Dijo su sobrina, comenzando a llorar.

- No te preocupes por mí, preocuparte por lo que debes hacer. Corre...

Leire sintió como Neya le tomaba el brazo desde atrás.- Debemos marcharnos...- Ella asintió y juntas corrieron, aunque antes, alcanzó a besar a su tío en la mejilla, al hacerlo, sintió su cara helada, como si hubiera rozado un trozo de hielo...

Las dos muchachas corrieron cogidas de la mano escaleras abajo, cruzaron el gran salón y salieron del caserón. A medida que se alejaban oían cada vez menos los gritos de Antâgon, hasta que ya no los oyeron más. Una vez fuera de la casa, montaron los caballos y huyeron hasta alejarse, aunque no lo suficiente para no escuchar un último grito exagerado seguido de una gran

explosión que hizo retumbar todo el suelo. Ambas se giraron, sin siquiera detenerse, y vieron como la torre del antiguo hogar de Claua ardía en llamas que la ocultaban en una gran humareda gris. Desde allá lejos pudieron ver a Antâgon asomándose entre lo que quedaba de torre, entre el humo y las llamas, aunque no llegaron a oír las duras palabras con que prometía que volverían a encontrarse...

Escena III

La melodía de la noche...

En el cielo aparecieron las primeras estrellas cuando las dos muchachas al fin se detuvieron, escondidas entre la espesa maleza de los bosques de las Montañas de los Enanos. En esa oscura noche la luna brillaba inquieta, algo decía con su rostro, aunque ninguna de las dos supo interpretarlo.- Está triste...- Dijo una de ellas pensando en todos aquellos bonitos momentos que había pasado con su tío cuando era una niña, momentos en los que ni siquiera se había parado a pensar en los últimos años, momentos que no había podido saborear mientras los disfrutaba, y que ahora ya se habían esfumado para siempre... A su lado, mientras ésta lloraba en silencio, la muchacha elfa también miraba a la luna mientras se asomaba entre las copas negras de los árboles surcando el cielo en su viaje incesante. En su serio rostro se leía la melancolía con la que pensaba y observaba a la luna, tan blanca y brillante

como siempre, tan hermosa y llena de emotividad, como las dos chicas y como ese momento. Por fin, Neya bajó la mirada y, tras unos instantes, dijo unas palabras entre susurros...- Leire, no entiendo lo que se dice en estas hojas...

Ella, que aun lloraba impotente, se llevó la mano a los ojos y se secó las lágrimas saladas restregándose fuertemente, con lo que sus ojos quedaron rojos y tristes, aunque nadie llegó a apreciarlo. Cogió la nota y la colocó bajo la luz de la luna, blanca, resplandeciente, la calma en la oscuridad.. Pasados unos minutos, en los que pareció haber estado leyendo, dijo:- No lo entiendo muy bien, está escrito en algún dialecto de por aquí.- Se puso a seguir la lectura con su dedo índice, acariciando la hoja con ternura.- *Unas escaleras de piedra que suben y suben... Espesa niebla... Mucha tristeza... Mucho mucho miedo... Una pesada carga... Una melodía triste... Un viaje sin retorno...*- Quedó callada otro momento.- No lo entiendo bien... No sé... ¿Y esto era tan valioso por lo que Leraen dio su vida...?- Volvió a estallar en lágrimas, que cayeron saladas resvalando por sus mejillas. Neya se acercó y la acurrucó entre sus brazos, estrechándola con cariño hasta que se terminó quedando dormida... La muchacha elfa aguantó un rato más despierta, hasta que al final su propia conciencia se convenció de dormir, alegando que esa era una noche oscura y nadie las encontraría entre la espesa maleza del bosque...

A la mañana siguiente las nubes cubrían grises el cielo, tapando la azulada bóveda del Mundo con tristeza.

Cuando Neya despertó, unas pequeñas gotas caían chispeando, como el canto estridente de un gallo, pero frío y punzante. A su lado estaba Leire, ya despierta desde hacía un rato, en su cara pudo ver como el ánimo ya había regresado tras una noche de ausencia, la encontró leyendo los papeles que le habían quitado a Antâgon, y por los que tanto habían sufrido en tan poco tiempo...

- *Kraag-Anade...* Ayer no reconocí esta palabra.- Se detuvo a observar a Neya como con en su cara de dormida, tan tan bonita, aparecía una mueca de duda.- Es el nombre de un pueblo de por aquí cerca,- Dijo.- significa, en la lengua común, la Ciudad entre las Nubes. No tenemos nada más a que atenernos, así que podemos empezar buscando por ahí... Después de todo lo que ha pasado, no voy a echarme atrás en esto. Si es la única pista que tenemos, la seguiremos...

Neya asintió.- ¿Y qué hay de lo que me leíste anoche?

- Bueno, supongo que lo descubriremos más adelante... Aunque algunas cosas son fáciles de intuir. La niebla, debe ser porque Kraag-Anade está siempre envuelta por ella, debido a lo alto que está, perdida entre las nubes, como su nombre indica... Las escaleras que suben... No sé, podría ser simplemente que hay que ir subiendo para llegar... La verdad es que el camino desde aquí no será largo, pero sí duro, todo cuesta arriba...

- Si no queda más remedio... Ahí iremos.- Dijo la elfa con su voz tierna y hermosa de niña pequeña.

- Sí.- Respondió Leire. La ira y la tristeza se mezclaban motivándola como jamás había sospechado...- Ahí es donde iremos.

Así, las dos bonitas muchachas se pusieron en camino, dirigiéndose a Kraag-Anade, para lo que tuvieron que andar mucho y con gran esfuerzo. Tras un rato siguiendo las indicaciones de unos buhoneros con los que se cruzaron, pues venían de allí, llegaron al camino que llevaba hacia la aldea, un largo sendero, al principio de tierra, para más tarde convertirse en una buena calzada de piedra que subía, perdiéndose en la espesa niebla... Ya de noche, por fin, cuando estaban agotadas, serias, y llevaban un rato sin hablar, una sumida en la tristeza de la pérdida y la otra en el cansancio, llegaron ante una gran muralla, que de pronto apareció entre la niebla y la oscuridad de la noche. Dos soldados enanos la vigilaban en la entrada, ataviados con pesadas armaduras y resistentes yelmos con los que se cubrían el rostro, salvo la barba, que caía sobre su gran barriga casi hasta llegarle, a uno de ellos, al cinto. Ambos tenían una gran hacha cuyo mango era más largo de lo normal, como una alabarda corta, pero mucho más pesada y, seguro, difícil de usar en combate, aun así, los dos guerreros enanos parecían robustos y fuertes como para poder hacerlo. Cuando ellas llegaron ante la puerta de la muralla, moribundas, los dos enanos cruzaron sus hachas frente a ellas impidiéndoles el paso. Uno de ellos habló con voz ronca:

- Éstas no son horas para andar vagabundeando por ahí, mujeres...- Aunque mantenía oculto su rostro tras el yelmo, en su voz se apreció cuan serio estaba, seguro cansado de estar ahí sin hacer nada. A pesar de

eso, a las dos bonitas chicas les pareció muy cordial al haberlas hablado en la lengua común.

- Nuestro vagabundeo sigue este camino, venimos dirigiéndonos a Kraag-Anade con la intención de hacer noche aquí, si la aldea quiere ser hospitalaria con nosotras...- Leire habló con voz dulce, tratando de parecer inocente y no portar extrañas intenciones, por ello, el soldado quiso saber más...

- Kraag-Anade es hospitalaria con los forasteros, pero éstas no son horas para llegar. Aun así, podréis entrar, mujeres, aunque deberéis decir a sus vigilantes cuáles intenciones portáis para ella...

- Ninguna otra que poder dormir y cenar caliente, mañana seguiremos nuestro camino hacia la cima de la montaña, volviendo a perdernos en la niebla.

- Está bien que seas reservada en tus asuntos, mujer,- Dijo el otro soldado enano, al cual le colgaba la barba hasta el cinto.- podéis pasar ahora, que ya va haciendo frío y pronto comenzará a llover, a estas horas tal vez os cueste un poco encontrar alojamiento...- Tras sus palabras, lanzó un silbido cortante, al cual alguien contestó desde el otro lado de la muralla, al instante, las puertas se estaban abriendo dándoles paso al pueblo.

- Muchas gracias.- Dijo Leire sonriendo para despedirse.

Las dos entraron en la aldea, que no parecía tan pequeña como para ser llamada así, más bien se trataba de un gran pueblo en que los edificios no alcanzaban más de una o incluso dos plantas, y las calles estaban pavimentadas con adoquines de piedra gris, en la que ellas ahora mismo se encontraban continuaba hasta llegar a

una plaza redonda no muy grande. Mientras la recorrían, comenzó a llover como el guardián enano había predicho, en un principio una leve llovizna que al poco se convirtió en pesada lluvia que no tardaría en empaparlas si no buscaban cobijo. Al llegar a esa plaza redonda, vieron en el centro un pequeño pozo, también redondo, con un gran aro de metal adornado en la parte superior, de donde colgaba una cuerda que se perdía en el agujero del pozo, a la cual habría atada algún cubo para extraer el agua de la montaña. Alrededor del pozo, una superficie circular para ir echando agua se iba llenando, pero esta vez con la de la lluvia, que cada vez era más molesta... Las dos chicas, al llegar, vieron que todo estaba cerrado, había varios carteles anunciando algunos establecimientos, pero no llegaban a verlos bien por la niebla, la lluvia y las prisas. Uno de ellos decía: *Herrería Colmillos de Lobo Blanco*. La puerta estaba cerrada, pero a través de una ventana se veía luz y vida. Allí se dirigieron casi corriendo, a cubrirse bajo el tejadito del umbral de la gran puerta. Neyá golpeó varias veces con una bola de metal embellecida con preciosos ornamentos que colgaba a modo de péndulo para llamar, y esperaron a que abrieran, pero nadie respondió, a pesar del jaleo del interior. Lo intentaron varias veces, sin conseguir que nadie respondiera, y se quedaron bajo el tejadito esperando a ver si la lluvia amainaba, pero no parecía ser así. En eso, que al otro lado de la plaza se escuchó el abrir de una puerta y unos gritos severos, al mirar, vieron como un robusto enano le gritaba a otro que yacía en el suelo, frente a la entrada de lo que parecía ser una taberna, de la que provenían grandes voces e incluso música, las cuales

desaparecieron en cuanto este robusto enano cerró la puerta tras de sí, dejando al otro en el suelo lamentándose. Al parecer, el robusto acababa de echar al del suelo de la taberna, por alguna razón, y ahora éste permanecía ahí tirado bajo la lluvia... Las dos muchachas corrieron en seguida a socorrerle, y al llegar vieron que estaba llorando y mal herido, parecía víctima de una paliza. Las dos le ayudaron a llegar hasta el pozo, donde se había almacenado ya una gran cantidad de agua en la superficie que lo rodeaba, y el enano, a pesar de refunfuñar mucho y no dejarse ayudar, comenzó a mojarse las heridas y la cara con el agua nada más llegar. Al poco de estar los tres al pie del pozo, ya empapados, pareció calmarse...

- ¿Estáis bien?- Dijo Neya con suma ternura a pesar de la rudeza del enano.- Disculpe nuestra intromisión, pero, ¿qué ha ocurrido...? ¿Os encontráis bien?- Él no parecía entenderlas, ellas pasaron un rato preguntándole alarmadas, Leire incluso hizo uso de los pocos conocimientos que tenía sobre todos los dialectos enanos que conocía, pero el enano no hacía más que refunfuñar y quejarse, parecía estar muy borracho. Al final, sus ojos se abrieron de par en par, y hasta la cara se le iluminó, cuando ellas dijeron algo a cerca de cenar y dormir en caliente... Él, ya más calmado, incluso sonrió, y con rudas señas les indicó que lo siguieran, ellas, creyendo que les había entendido, lo siguieron, preguntándose si sería tal vez mejor idea entrar en la taberna de la cual a él lo habían echado a patadas...

El enano borracho comenzó a caminar calle arriba, en dirección contraria a la que habían venido,

ignorando la lluvia que no había dejado de caer y dejando ya atrás aquella pequeña plaza redonda. Ellas lo siguieron hasta llegar a la muralla noreste de la ciudad, donde otras dos grandes puertas les llevaban, esta vez, al exterior de Kraag-Anade, allí otros dos rudos enanos vigilaban, éstos empapados y aun más serios y cansados que lo otros. Ellos les advirtieron que no salieran del pueblo, que era muy tarde ya, pero al ver que el enano las llevaba hacia un lugar llamado la Posada del Tío Kronn, aceptaron a abrir las puertas por un breve lapso de tiempo para que salieran. Al parecer, aquel sitio era una gran posada a las afueras del pueblo, donde podrían pasar la noche, algo que estaban ambas deseando hacer, sólo de pensar en quitarse esa ropa empapada y meterse entre unas sábanas calientes las impulsaba a seguir al enano entre la espesa niebla, sin ver más allá que algunas luces sobre el camino de piedra, el mismo que les hubo traído hasta el pueblo, y que ahora las alejaba de éste, casi sin darse cuenta... Tras un rato caminando, bajo el frío, la lluvia y la incertidumbre de la niebla gris que las envolvía, llegaron hasta esas luces que veían. Se trataba de una gran casa rodeada por una alta empalizada de madera, a la que podían acceder por un desvío del camino, que continuaba subiendo hacia la cima de la montaña... El enano las condujo hasta la puerta siguiendo ese desvío y llamó fuertemente con varios golpes secos. Al muy poco apareció otro enano, más joven, que a través de una rendija de la puerta les preguntó, en un principio más amablemente que los anteriores, qué querían. Al poco, los dos enanos se pusieron a discutir entre ellos en alguna lengua incomprensible para las dos

bonitas muchachas, que, observándolos sin saber qué pasaba, esperaban a que llegaran a algún acuerdo y las dejaran pasar y resguardarse de la lluvia, que no paraba. Entre la discusión, el enano borracho pareció señalarlas o hacerlas mención, y el otro calló y las observó con mirada sospechosa... Al fin, pareció asentir y abrió la puerta de la empalizada. Los tres entraron, junto con los dos caballos, y el enano que las recibía, ya en la lengua común, les dijo:- Pueden ir a la casa, señoras, allí mi padre les dará de cenar y alojamiento si es lo que andan buscando. Yo puedo guardar sus caballos en el establo si lo desean,- dijo tomando las riendas de cada uno de ellos.- una vez dentro ya arreglaran precios con mi padre.- Al terminar de hablar, echó una última mirada al enano, que ya andaba sin esperarlas hacia la gran casa. En sus ojos éstas pudieron ver como lo incriminaba por algo pasado...

Cuando el mozo se hubo marchado, ellas andaron rápidamente hacia el caserón, un gran edificio de varias plantas, al menos dos, y con varias chimeneas de las que salía un humo que dejaba intuir lo bien que se sentirían en pocos minutos. A través de sus ventanas podían ver que había mucha gente en el gran comedor que servía de entrada, hacia donde ellas se dirigían, las ventanas de pisos superiores se encontraban algunas encendidas y otras pagadas, debían ser los dormitorios de la posada. Al entrar en el gran salón vieron el jaleo que había montado, era como salir de la oscuridad de la fría noche y entrar en le calor acogedor del hogar... La estancia tenía forma cuadrangular, a su izquierda quedaba una gran barra, donde un enano gordinflón cantaba y bailaba fregando

unas jarras al son de las voces que unos borrachos daban desde una mesa alejada y abarrotada. Otras mesas más había en el salón con más gente, todos enanos, gordos y borrachos en su mayoría, algunos siguiendo a los otros en sus canciones, y otros simplemente conversando por lo bajo, luchando por oírse entre el vocerío. Frente a ellas, un pequeño escenario vacío, tras el cual un telón granate escondería alguna pequeña puerta trasera, y junto a este escenario, unas escaleras que debían subir a los dormitorios. En lo que observaban la escena, el enano tras la barra les gritó...

- Señoras, no se queden ahí, están empapadas...
¿A caso llueve? Vengan a beber algo, ¿tal vez cenar?
¡Lo que deseen se lo preparamos en un momento!

Ellas, sin poder evitar sonreír por la peculiaridad del individuo, se acercaron a la barra tras la cual se encontraba, que consistía en una gran superficie de robusta madera apoyada sobre una línea de numerosos barriles de cerveza.

- Venimos buscando alojamiento por esta noche, y tal vez por más, y sobre todo, una buena cena caliente...- Leire no puedo ocultar las ganas que tenía por esa cena.

- Mmmm... No se preocupen, señoras mías. ¡Aquí serán atendidas como reinas!- Y esbozó una gran sonrisa.- ¿Qué desean cenar? ¿Les apetecería un guiso de la casa? En realidad es de pollo y zanahoria...- Esto último lo dijo en voz más baja.- ¡Pero mi sobrina tiene las manos más hábiles en la cocina en cientos de leguas a la redonda! ¡Estoy seguro de que les gustara!

- Yo también estoy segura.- Dijo Leire asintiendo tras ver la expresión afirmativa de Neya.

- Muy bien, mis señoras, vengan conmigo, les mostraré cuál será su habitación...- Y dejando la jarra que andaba frotando con un trapo, anduvo hacia la salida de la barra, junto a las escaleras que llevaban al piso superior, no sin antes agarrar un gran manojito de llaves y lanzar un chillido hacia donde debía estar la cocina, tras una puerta al otro lado de la barra.- ¡Marchando un guiso de la casa y una botella de nuestra mejor cosecha de vino!- Mientras subía por las escaleras añadió:- Me presento, mis señoras, todos por aquí me conocen como el Tío Kronn. Ahora les mostraré su habitación, la número siete, siento decirles que es la única que nos queda, y que la ventana está rota... Lo siento de veras, pero ahora haremos algún apaño para evitar que se congelen durante esta noche. Lamento mi intromisión, pero... ¿Anda él con ustedes? - Dijo señalando al enano borracho que las hubo traído hasta allí, que ahora esperaba apoyado en la barra, cantando con los de aquella mesa abarrotada.

- Sí, señor. ¿Es eso algún problema?

- Bueno, de hecho son dos problemas... El primero es que esta habitación es sólo para dos personas, tiene sólo dos camas, aunque eso podremos arreglarlo trayendo un colchón más y poniéndolo en el suelo. Lo que más me preocupa,- Ahora la expresión de su cara se volvió seria por primera vez.- es que ya lo hemos visto por aquí antes, y nos ha dado problemas. No logro entender cómo dos muchachas tan bonitas como lo son ustedes, si me lo permiten, andan con ése... Pero si me aseguran

que se encuentra bajo su responsabilidad y que se comportará... No habrá ningún problema en que pase la noche aquí.- Esperó a que ellas asintieran para continuar hablando, las dos se miraron cómplices, tratando de imaginar qué habría hecho el enano y si se estarían arriesgando su estancia en la posada. Al final, el Tío Kronn volvió a sonreír quitándole importancia a lo que iba a decir a continuación...- Por supuesto, deberían pagar por él también. Todo les saldrá,- Dijo ya una vez entrando en la habitación numero siete del primer piso.- por ocho galones reales cada uno, si es que manejan esta divisa, sino, puedo aceptar las monedas que usan los hombres... No hay problema.- La puerta golpeó al abrirse la pared, quedando una acogedora estancia en la que había dos camas, con sus respectivas mesillas de noche, un gran armario, vacío salvo por unas gruesas mantas, y la ventana rota, por la que no entraba tanto frío como imaginaron al principio.- Bueno, aquí es. Si estamos de acuerdo en precio y el resto de asuntos que hemos tratado, pueden ir cambiándose, parece que llueve mucho ahí fuera. Yo les iré preparando una buena mesa junto a la chimenea ahí abajo, y después vendré con unos tablones para bloquear esta dichosa ventana...

- Muchas gracias.- Dijo Neya con su preciosa voz de niña pequeña, con la cual el enano quedó absolutamente maravillado, por un momento se calló, cosa que no había hecho desde que las había visto, y esbozó una gran mueca de asombro en su rostro...

- Si me lo permite, mi señora, tiene la voz más bonita que se ha escuchado por aquí en muchos años... No la oculte bajo esa capucha, no le hace justicia...-

Tras decir esto, extendió la mano para darle a la chica elfa la llave de la habitación, ésta la tomó, y él, medio embobado, la soltó y se marchó dando un portazo.

Una vez las dos chicas se encontraron solas en la habitación comenzaron a cambiarse las ropas mojadas por otras secas. La habitación parecía bastante acogedora a pesar de la ventana rota, las camas a lo mejor no eran muy cómodas, un poco duras, pero el resto estaba bien.

- ¿No entrará frío por aquí esta noche?- Dijo Neya asomándose a la ventana rota.- Mira que niebla... Y aun sigue lloviendo... Que regiones más extrañas las que esconde el Mundo, y yo allá lejos, en la ignorancia sin siquiera poder imaginar todo esto...- Miró escrutando la espesa niebla gris. Abajo, un gran jardín nacía a los pies de la gran casa, un pasto verde y tranquilo bajo la lluvia, cubierto por esa espesa neblina, que un poco más allá terminaba, al parecer, en un peligroso acantilado... Más de eso no llegaba a ver, sino otra cosa que gris profundo e interminable...- ¿A qué altura podemos estar? Ahí delante veo un acantilado, creo... ¿Dónde puede llevar la caída de tal precipicio desde aquí...?

- Al Mar de los Enanos, precisamente de donde nosotras vinimos...- Respondió Leire secamente a lo que había sido una pregunta retórica.- Esta montaña nace en lo más profundo del Mar, y en altos y escarpados acantilados llega a alcanzar muchísima altura... No sé a cuánta estaremos ahora, pero si mi orientación no me falla, el Mar de los Enanos debe quedar ahí abajo... De todas maneras, no nos asomaremos para comprobarlo...

Al final bajaron, hambrientas, en busca de ese guiso que el Tío Kronn les había prometido. Al llegar al gran salón, la escena seguía casi intacta, desde la mesa abarrotada de enanos seguían proviniendo esos cantos de borrachos, y al otro lado de la barra, el gordote de Kronn seguía bailando y secando jarras al son de su música. Al verlas, hizo un ademán con la cabeza y corrió hasta ellas.

- Vengan conmigo señoras, su amigo ya les está esperando en su mesa, he elegido la más calentita, pues han sido las últimas en llegar y deben estar aun con el frío dentro... Las he colocado junto a la chimenea como les dije, allí estarán a gusto.

Ellas lo siguieron a través del laberinto de mesas y de gente, él iba bailando y cantando, siguiendo las canciones de la mesa abarrotada, parecía estar pasándoselo realmente bien, alguien que disfrutaba con su trabajo... Se dirigía claramente hacia una pequeña mesa redonda junto a una bonita chimenea, donde ardía un gran fuego. En la mesa, esperaba el enano borracho que las había traído hasta ese lugar, extraño personajillo del cual siquiera conocían aun el nombre... Estaba bebiendo ansioso de una jarra de cerveza, negra y espumosa, moviéndose al ritmo de la canción de los borrachos de más allá. Sobre la mesa había ya dos jarras vacías. Cuando llegaron, Kronn les acercó la silla educadamente a cada una al sentarse, ellas se lo agradecieron con una sonrisa. Éste, al ver a Neya sonreír bajo su capucha, puso de nuevo su cara de embobado, la cual trató de disimular diciendo:- En un santiamén les traigo su cena, señoras, con algo rico para beber... ¿Vino habíamos

acordado? No sé si a dos muchachas tan... bonitas, si me lo permiten de nuevo,- Esto lo dijo casi con una torpe reverencia, tras la cual lanzó una mirada avergonzada a su alrededor para saber si alguien lo habría visto.- querrán beber la espesa cerveza enana, tal vez un buen vino sea más a su gusto...

Ellas asintieron, y él se marchó pensando lo ridículo que se sentía, aunque de eso ellas no llegaron a darse cuenta. Al poco tiempo, apareció una jovencuela enana vistiendo un delantal muy curioso, tenía algunos dibujos graciosos como para niños, aunque estaba sucio y mal cuidado. Llevaba una bandeja que sujetaba con ambas manos, y en su cara una amplia sonrisa que la hacía ser muy bonita, dentro de lo fea que era... Al llegar, dejó sobre la mesa tres inmensos cuencos llenos de una sopa de un color negruzco que a pesar de la mala pinta que tenía, olía deliciosamente. Además, también sirvió, junto a los cuencos de Neyá y Leire, dos grandes copas de cerámica llenas de un vino tinto humeante cuyo aroma, al mezclarse con el del guiso, se hacía aun más apetitoso.- Espero que les guste...- Y con su bonita sonrisa se marchó. Al instante, el enano ya estaba devorando el guiso, casi sin usar las cucharas que la camarera les había dejado, engullía y engullía, y a Neyá y a Leire les extrañó que no se atragantara, se quemara o se le cayera... En eso, que ellas lo probaron. Estaba delicioso... Parecía un guiso de pollo y verduras, aunque no llegaron a saber cuáles. Buenísimo. En lo que disfrutaban de la cena y conversaban entre ellas, pues el enano no hacía más que tragar, descansando sólo para beber más de su cerveza negra y espumosa, observaron la

estancia. Junto a ellas había una ventana, que daba al jardín que Neya había visto desde la ventana de la habitación y que terminaba en ese acantilado gris. Seguía lloviendo, aunque ahora ya menos... Observaron toda la escena, tan normal y tan peculiar a la vez. Leire había estado en alguna taberna enana alguna vez, y todas solían ser así de entretenidas, siempre había encontrado ese grupo de enanos borrachos cantando, que no era raro que terminaran en alguna pelea destrozando la taberna... Pero para Neya ésta era la primera vez que se encontraba en esta situación, algo que jamás habría podido imaginar, con lo refinados y estirados que eran los elfos, o así le dijo a Leire, y lo bastos y rudos que encontraba a los enanos, eso sí, muy graciosos. Era una pena que tuviera que ocultar su rostro debido a su condición de elfa, no podía entender las peleas que hubieron entre éstos y los enanos hacía ya tanto tiempo...- ¿Tan rencorosos pueden llegar a ser...?- Dijo casi más para sí, aunque otra vez Leire respondió a su pregunta retórica afirmando.

Entre tantas cosas de las que pudieron ver y sorprenderse en aquella taberna, vieron algo que les llamó especialmente la atención, algo en lo que hasta ahora no se habían parado... En el fondo, envuelto en las sombras, un hombre encapuchado parecía mirarlas detenidamente. Estaba sentado en una mesa igual a la suya, sólo que ésta estaba apartada en una esquina del gran salón y a oscuras, junto al pequeño escenario del salón. Parecía estar fumando de una pipa, cuya boquilla introducía en la oscuridad de su capucha, tras la que ocultaba su rostro. A pesar de no verlo, parecía estar mirándolas... Lo más

extraño era que éste tenía complexión humana, el único en toda la taberna salvo por ellas. ¿Quién sería...? De pronto, el hombre encapuchado giró la cabeza, como mirando hacia otro sitio, parecía haberse dado cuenta de que ellas también lo miraban a él. Justo en ese momento, comenzaron los vítores de los enanos, pues uno de ellos había subido al pequeño escenario y se disponía a tocar una canción con un pequeño laúd... Leire y Neya pasaron los próximos minutos escuchando la preciosa canción que el enano tocaba con su bonito instrumento, y a la vez, debatiendo si este músico sabría algo sobre la canción de Clauda, si la conocería... Además, estaba aquel hombre encapuchado que parecía observarlas... ¿Quién sería...? ¿El amante de Clauda...? Ya no podían estar lejos de él... Entre tantos pensamientos que tuvieron y compartieron, la canción del enano del laúd se terminó. Ellas habían quedado maravilladas... ¿Cómo un ser tan rudo podía producir algo tan bello y placentero? Al final se decidieron por levantarse y preguntarle... Hicieron un intento de que su compañero enano las acompañase, pero seguía ignorándolas, exhorto en su bebida y su renovada borrachera. Aun así se arriesgaron a abandonarlo en la mesa, él ni se inmutó.

Las dos se levantaron y andaron hasta el pie del escenario, donde aquel enano aun recogía su laúd, guardándolo en un bonito estuche de madera bien tallado. Durante el camino, Neya se fijó en que aquel hombre encapuchado no les perdía de vista, mirando atentamente su movimiento hacia el pequeño escenario.

- Hola, señor, ¿habla nuestra lengua?- Dijo Leire esperanzada.

- Muy gustosamente, si así he de complacer a dos forasteras.- Y esbozó una gran sonrisa, sin saber que la palabra “forasteras” comenzaba a no gustarle a las dos chicas. Leire también sonrió.

- Bueno, yo me preguntaba, si podría hacerle una pregunta... Resulta que andamos buscando algo, una canción...

- Mmmm... Bonita búsqueda... explicadme, ¿en qué podría yo ayudaros? ¿Deseáis que os componga una canción, tal vez?

- No... Aunque estoy segura de que la vuestra sería bellísima. En realidad venimos buscando una canción que fue compuesta hace ya algún tiempo, y tal vez vos la conozcáis, tal vez por estos parajes ha sido ya escuchada... Su pista nos ha llevado hasta aquí...

- Necesito saber algo más, muchacha, para poder ayudarte, muchas canciones han sido escuchadas por aquí en los últimos tiempos...

- Su nombre es la Canción de Clauda...- La voz de Leire sonó tímida y arriesgada... El enano se quedó por un momento pensando, hasta al final responder negando...

- Lo siento, no la conozco... Pero si así lo queréis, podría tocar alguna otra para vosotras... Ya iba a marcharme, pero seguro que el viejo Kronn me permite una más...

Leire no pudo ocultar su cara de decepción...- Sí, eso estaría realmente bien, desde luego... Muchas gracias.- Y sonrió. El enano, afirmó con la cabeza orgulloso al saber que su música era apreciada por

forasteros, y sacó su pequeño laúd del estuche para volver a tocar.

En lo que comenzaba con las primeras notas de otra bonita canción, Neya le dijo algo a Leire al oído:-
¿Te parece si hablamos con el hombre de la capucha...?- A lo que ésta respondió afirmando con la cabeza, y juntas se dirigieron a la mesa que se mantenía a oscuras, junto el pequeño escenario.

- Hola, buen hombre, nos preguntábamos si podríamos acompañaros en esta noche, pues os hemos visto solo y tal vez gustéis de compañía...- Leire y Neya, de pie, junto a su mesa a oscuras, se sintieron ridículas, sin saber cómo comenzar la conversación y preguntarle a cerca de *Clauda*...

- Lo siento... No entiendo...- De la oscuridad bajo su capucha salieron esas palabras bañadas con un acento extraño. Las dos muchachas se miraron sin saber qué decir, hasta que Leire volvió a hablar.

- ¿No nos entiendes? ¿De dónde eres? ¿Eres de por aquí?

- No entiendo... No entiendo...- Su voz parecía nerviosa e incluso cautelosa.

- ¿Os dice algo el nombre de *Clauda*...?- Esta vez fue Neya quien habló, probando suerte con la palabra clave, sabiendo que si no reaccionaba así, era causa perdida... En cambio, la respuesta de éste no fue la esperada. Pareció ponerse muy nervioso y se levantó diciendo:- Lo siento, he de marcharme... Lo siento.- Desde luego, algo ocurría, estaba muy nervioso y trataba de evitarlas. Las esquivó junto con el resto de la escena, caminando hacia la puerta de salida de la posada, la abrió

apresurado, y salió cerrando tras de sí. Ellas fueron tras él, no sin antes quedarse por un instante mirándose intrigadas, una mirada cómplice con la que se animaban a ir detrás suyo. Salieron de la taberna y miraron buscando entre la niebla, había dejado de llover, tan sólo chispeaba un poco, justo le vieron girando la esquina de la gran casa a su derecha, donde se encontraban los establos. Hacia allá se dirigieron, pero al llegar a la esquina ya no estaba... ¡Lo habían perdido! Las dos muchachas dieron un par de vueltas a la casa, buscándolo, pero no lograron dar con él, cansadas y ya con frío otra vez, se decidieron por desistir y entrar de nuevo a la taberna, tal vez estaba ahí...

A la vuelta a la posada, por fin de nuevo en el calor acogedor, vieron una escena completamente diferente a la anterior, cuando la hubieron abandonado... ¡Ahora todos los enanos que habían estado bebiendo hasta hartarse mantenían una violenta pelea! Se habían dividido en dos bandos, y, cubriéndose tras varias mesas volcadas, se arrojaban jarras, botellas y todo aquello contundente con lo que golpearse. De hecho, justo cuando entraban, una botella silbó entre las dos bonitas muchachas, terminando por estallar en la pared de detrás suyo. Al hacerse añicos, ellas se exaltaron y corrieron a refugiarse entre unas sillas. Ya desde allí pudieron ver a su compañero enano, al cual, otros dos considerablemente más grandes que él, lo mantenían arrinconado junto a la chimenea, al pie de la ventana junto a al cual se habían sentado ellas, y propinándole una dura paliza. Ellas corrieron en su ayuda, esquivando gritos, mesas,

guerreros de la trifulca y proyectiles lanzados por éstos. En lo que llegaban, vieron como uno de los dos enanos enormes que pegaban a su compañero, le rompía una botella de vidrio en la cabeza y éste, con su cara de borracho ya inmunizado, caía inconsciente, pero ellos ignorándolo, continuaban dándole severas patadas, codazos y puñetazos. A duras penas llegaron ellas detrás de los dos rudos enanos, y Leire, sin saber cómo disuadirles, sacó su flauta mágica y tocó algunas notas calmadas entre tanto caos que casi no fueron escuchadas por ninguno... En eso, que uno de ellos cayó dormido al suelo a causa del hechizo. El otro, preso de la rabia y la borrachera, dejó de dar patadas por un momento y miró a su amigo, que ya roncaba a sus pies. Con su cara de borracho lo dijo todo... En ese preciso instante, en su ayuda, aunque sin pretenderlo, apareció el Tío Kronn dando voces...

- ¡Ese maldito enano del infierno! ¡Nunca más dejaré que pises mi posada! ¡Que alguien se lo lleve de aquí!

El fuerte enano que aun quedaba en pie, con su cara de borracho y al ver al posadero como se acercaba con ese enfado listo por estallar sobre alguien, se marchó internándose en la refriega. Unos pasos más allá alguien le alcanzaría con un barril, uno de los que habían estado sujetando la barra, golpeándole en toda la cabeza, y cayendo también inconsciente con una grave...

- Vamos, Neya, ayúdame, saquemos a este patán de aquí antes de que nos cause más problemas o lo maten...- Las dos muchachas cogieron al enano inconsciente, cada una de un pie, y lo arrastraron hacia

el exterior. Cuando llegaron a la puerta, salieron rápidamente y se perdieron en la niebla...

- ¿Y ahora qué hacemos?- Dijo Neya con su voz inocente.

- Podemos ocultarnos por ahora en los establos, y esperar a que todo se calme. Pasaremos allí la noche si hace falta...

Neya aceptó la propuesta aunque no le gustaba nada la idea, que suponía volver al frío de la noche de las Montañas de los Enanos... Arrastraron al enano hasta llegar a los establos y allí se ocultaron, en una cuadra que estaba vacía, parecía que no había nadie, aunque desde ahí aun podían oír los gritos de la refriega en el interior.

- ¿Qué habrá hecho éste esta vez...?

- No lo sé, pero nada bueno.- Dijo Neya comenzando a enfadarse. En el suelo encontró una manta asquerosa, con la que no tuvo otro remedio que taparse.- Nos vamos a quedar dormidas... No creo que nadie aparezca por aquí, pero aun así no me gusta nada la idea. Éste se despertara en un rato, y con nosotras dormidas, a saber lo que hace... No me fío lo más mínimo.

- Lo sé... Podemos hacer guardias si te ves con fuerzas... No creo que nadie nos haya visto entrar aquí, pero mejor será si las hacemos, ¿no?- Neya asintió.- De acuerdo, anda, duerme un rato, yo haré la primera. Cuando no pueda más, te despierto. De todas maneras, no creo que tarde en amanecer...

Neya no tardó en dormirse en sueños turbulentos. Mientras se acomodaba, pensó en todo lo que estaba pasando, lo lejos que estaba de casa, lo mucho

que estaba empezando a apreciar a Leire, lo mucho que se unían las personas en situaciones extremas como era ésa... Una vez dormida, no concilió el sueño del todo, entre el frío, los olores del establo, lo incómoda que se encontraba, las preocupaciones... De pronto, Leire la despertó, le pareció que no había pasado nada de tiempo, tal vez habría dormido unos minutos, pero comprobó que no había sido así al ver que ahora volvía a estar lloviendo. Unas pocas gotas entraban por algunas rendijas de la pared, hecha a base de tablones ya carcomidos por el tiempo y el frío. Se intercambiaron, ahora ella debía luchar por mantenerse despierta, como habría estado haciendo Leire. Le cedió la manta y el sitio cómodo, sobre un montón de heno sucio y asqueroso... Ésta no tardó en dormirse, pero, pasados pocos minutos, Neya perdió su lucha al dormirse como pago de una gran y pesada deuda de sueño... Las dos estaban ahora dormidas...

De repente, algo despertó a Leire. Para sí, entre sus sueños, creyó que era su novio, que la acariciaba, al principio suavemente y con cariño, pero después bruscamente hasta darse cuenta de que eso no pertenecía a su sueño, finalmente despertándola. ¡Alguien estaba manoseándola, registrando sus ropas y pertenencias! Ella, exaltada, se echó para atrás cuanto pudo, viéndose arrinconada contra la pared mugrienta del establo. Frente a sí había un hombre encapuchado, que al darse cuenta de que la había despertado, se retiró casi hasta la puerta de la cuadra. Leire lo reconoció de inmediato.

- ¡Quieto! ¿Qué quieres? ¿Qué andas buscando?- Ella misma se vio respondida al ver en su mano unas hojas escritas, las cuales apretaba fuertemente, como a un preciado tesoro...- Espera, no te marches, eso es mío.

Él, en un rápido y hábil movimiento, desenfundó una espada y la blandió amenazando.- No te muevas, muchacha, si no quieres que te ensarte con mi sable.- Sus palabras mantenían ese extraño acento de la primera vez, pero ahora dominaba perfectamente la lengua común...

- De acuerdo, espera un momento, por favor...- Dijo ella asustada.

- Un momento, dinos al menos quién sois...- Al lado de Leire, Neyra ya se había despertado con las voces, y con su carita de recién despierta, tan bonita, hablaba igual de asustada.

- No importa quien sea yo, ahora ya no tenéis esto.- Dijo él moviendo la mano con las hojas escritas para hacer referencia a ellas.- Marchaos para no volver, desistid de vuestra causa inútil. Nada podéis hacer ahora que ya...

Sus palabras se vieron interrumpidas justo cuando comenzó a sonar una canción que provenía de algún sitio, aunque no parecía provenir de ninguno... Parecía que el aire fuese quien la entonara con tristes acordes que los envolvían, como si las hebras de magia que flotan invisibles quisieran inundarlos en la melancolía de la melodía de la noche... El hombre encapuchado, al oírla, calló al instante, tan sólo con la primera nota pareció reconocer la canción. Ellas

perplejas, vieron como se escabullía de nuevo frente a sus narices. Abrió la puerta de la cuadra lentamente, y salió corriendo, perdiéndose en la niebla y en la noche. Neyá, más veloz y ágil que Leire, salió detrás de él, tan rápido como pudo. Leire, al verla lanzarse en su busca, se enderezó y corrió tras ella, dejando tan sólo al enano, aun inconsciente, en la cuadra. Cuando Leire salió del establo, sólo lograba ver delante suyo a Neyá, envuelta en la niebla gris, corriendo bajo la lluvia. Giraron primero a la izquierda, hacia la entrada de la posada, pero la pasaron de largo, al parecer la pelea ya había terminado, el comedor estaba apagado, nadie debía quedar ahí. Corrió recto dejando ya atrás la gran casa, perdiéndose en el jardín de pasto de la posada, hasta ver a Neyá que se detenía. Al llegar junto a ella, vio como el hombre encapuchado se encontraba de pie frente a ella, blandiendo su arma, y tras él, el acantilado gris del que hubieran estado hablando esa misma noche las dos chicas. De pronto, el viento le robó la oscuridad tras la que se venía ocultando hasta ahora, la capucha de su túnica cayó hacia atrás, haciendo bailar sus cabellos marrones y desaliñados, como una amenaza al borde del precipicio...

- Marchaos, es lo mejor que podéis hacer llegados a este punto...- Parecía nervioso, pero decidido a usar su espada si era preciso, ellas lo vieron en su mirada, no debía ser la primera vez que amenazaba con la intención de usarla.

- Dinos quién eres...- Dijo Neyá casi jadeando tras la carrera.- Hemos llegado hasta aquí y no vamos a

marcharnos. ¿Era ésa la Canción de Clauda? ¿Eres tu su amante que trata de protegerla?

El hombre estalló en una carcajada nerviosa.- No. Yo voy también tras su busca, como vosotras.- Al ver la cara de sorpresa de ambas, dijo:- Nada podéis hacer ya. Una fuerza mucho mayor a la vuestra, incluso a la mía, gobierna este momento. Todo está escrito ya, todo fue relatado ya, y nada podréis hacer por evitar lo que debe ocurrir...

- Trabajas para Atágon...- Dijo Leire casi en voz baja, aunque ellos la escucharon perfectamente. Él sonrió sin querer, afirmando. Ella, invadida por la ira al recordar lo ocurrido con el brujo hacía el día anterior, cogió el puñal que Neya portaba colgado al cinto, según le había contado ella, un regalo de su madre al marcharse. Lo desenvainó con un chirrido amenazador, y se lanzó al ataque contra el hombre, que la esperaba al borde del acantilado. Éste, más diestro que ella con la espada, rechazó su ataque y le devolvió la estocada, clavándole su sable en el hombro izquierdo, hiriéndola gravemente. Leire se detuvo, junto con toda la escena por un instante fugaz, hasta comenzar a caer hacia atrás...

Neya, envuelta en un torbellino de emociones entre las que predominaban el miedo, la rabia y los nervios, asaltó a su enemigo con un fuerte empujón, mientras éste miraba perplejo a Leire caer al suelo frente a sí mal herida. Él, sorprendido, perdió el equilibrio y por un momento, justo en el borde del acantilado, miró a Neya fijamente, justo a punto de caer. Ella pudo ver en sus ojos una pizca de arrepentimiento, que huyó fugaz al desaparecer entre el fondo gris del acantilado...

Todo quedó en silencio, con las dos chicas tendidas al borde del precipicio. La lluvia caía empapándolas, pero ya no les importaba. El pasto desprendía un olor maravilloso, inundando sus fosas nasales y produciendo en ellas una sensación inexplicable... Una mal herida y casi sumida en la inconsciencia a causa del dolor y la conmoción, junto a ella la otra, exhausta y sin poder dejar de jadear, casi a punto de ponerse a llorar al darse cuenta de que acababa de perder aquellas hojas escritas por las que tanto habían sufrido, por las que el tío de su amiga había perdido la vida, pues el hombre encapuchado que parecía haber estado siguiéndolas había caído al vacío gris con ellas en la mano...

Neya reaccionó rápidamente. Volvió a aquel momento recordado con cariño y añoro en que se despedía de su madre, una mañana soleada de hacía ya mucho tiempo, cuando le entregó un saquito con esos hongos asquerosos con los que podía canalizar su magia, que le dotaban, sin saber el cómo ni el por qué, de una energía y un poder sobrenaturales en ella. Recordó aquel momento el día anterior, hacía toda una eternidad, cuando en la lucha contra Antâgon los había probado, recordó la fuerza que había sentido... Aquella vez sólo tomó uno de los tres hongos asquerosos que esa bolsita de cuero hubo contenido. Ahora podría tomar otro para, con su magia, ayudar y curar a Leire, que yacía ya inconsciente a su lado...

La bonita muchacha había perdido mucha sangre, aun, sumida en un sueño que se la llevaba, sentía

esa punzada y el frío acero de aquel hombre encapuchado, al que ya no volvería a ver jamás... Por su cabeza silbaron dulces imágenes, como en una amarga despedida. Vio a su novio cuidándola y susurrándola con cariño, y a su familia alentándola en sus males y miedos. Imágenes que se cruzaban con duros pensamientos en los que veía su propia muerte, cayendo por el profundo acantilado gris que comenzaba donde tenía sus pies y sintiendo ese fuerte dolor en el hombro izquierdo, un dolor que se iba convirtiendo en un recuerdo fugaz de ese breve combate en que había caído tendida en la húmeda hierva, disminuyendo poco a poco hasta desaparecer...

De pronto se despertó. Estaba tendida en el pasto empapado, cuyo olor le produjo una sensación tan agradable que jamás podría llegar a describir. Miró a su alrededor y se vio a sí misma al borde del acantilado, envuelta en la espesa niebla, seguía lloviendo y Neya estaba su lado con los ojos cerrados, apoyando sus manos contra su hombro, donde había sentido ese dolor tan insoportable ahora ya inexistente...

Escena IV

El espíritu apenado...

El amante de Clauda

La preciosa muchacha elfa abrió los ojos, pero esta vez no lucieron azules bajo los rayos matinales del sol... Un nuevo día comenzaba, en el que su vida volvería a cambiar de tal manera que ni siquiera podría imaginar en ese preciso instante... Miró a través de la niebla, pero no pudo ver el suave azul del cielo, en lugar de ello, vio esa inmensidad gris cubriendo tanto como alcanzaba a ver. El ruido de las olas se coló en la escena trepando por el gran acantilado, desde lo más profundo del Mar de los Enanos, donde rugían feroces, tal vez devorando al que acababa de caer, desde tan alto, desde ese borde del precipicio donde ellas dos ahora se encontraban, tendidas sobre el pasto, respirando y embriagándose con su aroma... A sus pies estaba su buena amiga, que la miraba intrigada, como si acabara de regresar de algún lugar muy lejano y ahora la viera por primera vez en mucho tiempo... En ese momento sintió

un impulso incontrolable de darle un abrazo y expresarle todo el cariño que le tenía, celebrando así que no la había perdido, como se hubo temido.

Poco a poco la niebla gris fue perdiendo su color hasta quedar blanca e insípida, y la lluvia cesó convirtiéndose en pequeñas gotitas sin importancia que caían molestando. Neya y Leire pasaron ahí tendidas al borde del precipicio un buen rato, hasta haberse recuperado y haber recobrado el sentido tras lo ocurrido. Entonces se pusieron de pie y decidieron qué hacer, cómo continuar su camino, pues habían perdido la única pista que les podría llevar hasta el amante de Clauda y la canción que una vez éstos tocaran juntos alardeando de su amor...

- ¿Qué decían esas hojas? Hagamos memoria...-

La voz de Neya sonó deliciosa entre la espesa niebla, alentando a su amiga que la miraba triste y desorientada.

- Bfff... Recuerdo una espesa niebla, algo que ya hemos comprobado... Tristeza, miedo y una pesada carga... Una melodía triste... ¿Sería la que sonó alertando al hombre encapuchado anoche...? ¿Sería esa la canción de Clauda...?- Al decir eso quedó callada pensando, hasta que Neya la interrumpió.

- No te olvides de las escaleras de piedra que subían y subían...- Leire asintió.- Un viaje sin retorno... Eso creo que decía...

- Sí. ¿Recuerdas...? Las escaleras que nos trajeron hasta aquí, guiadas por ese enano borracho que nos ha metido en más líos que alegrías nos ha dado, continuaban subiendo, aunque nosotras nos quedáramos

en la posada del Tío Kronn... Tal vez debamos seguir subiendo...

- Otra vez no tenemos nada mejor a que atenernos... Así que...- Neya se encogió de hombros.-
¿Y qué hacemos con el enano?

- Que se quedé ahí durmiendo la borrachera, en el establo, cuando despierte no se acordará de nada. Lo que está claro es que deberíamos irnos de aquí cuanto antes, seguimos en los territorios de la posada, y si nos encuentran... Querrán hacernos pagar por los daños de anoche. Al fin y al cabo, él estaba bajo nuestra responsabilidad..

- Sí, marchémonos...

Las dos chicas andaron entre la blanca niebla hasta el establo, donde las esperaban sus caballos, y de ahí, hasta el portón de la empalizada de madera que rodeaba la posada y sus terrenos, por donde hubieron entrado la noche anterior. Allí no había nadie. Un gran cerrojo mantenía la puerta cerrada para los intrusos, aunque desde dentro podían abrirla sin mayor problema, y así hicieron, saliendo a hurtadillas y dejando la puerta abierta, para que un rato más tarde llegara el mozo que las hubiera recibido y se extrañara, creyendo que alguien se había podido colar en la posada... Nada más salir y ya encontrarse libres, se dirigieron rápidamente hacia el camino de piedra que continuaba subiendo, perdiéndose en la espesa niebla. Estuvieron montando cuesta arriba por largo rato, de pronto, el camino se transformó en una empinada escalera cuyos peldaños requerían cada vez más esfuerzo de los caballos, por los que desmontaron y

continuaron a pie, llevándolos casi ellas a ellos arrastrados por las riendas. Las escaleras estaban talladas en fría roca gris, muy bien acabadas, un trabajo digno de artesanos enanos. A los lados, tremendas figuras comenzaron a aparecer, adornando a los viajeros, o quizás amenazándolos, pues algunos eran grandes guerreros enanos de antaño, ataviados con sus pesados equipos de guerra, pero otros eran monstruos horribles, demonios y dragones que las miraban fieros y hostiles. Todos ellos eran de roca esculpida y muy bien trabajada, incluso en su aspecto terrorífico, eran hermosas y dignas de reconocimiento...

El camino se prolongó durante casi todo el día, subiendo y subiendo como aquellas hojas escritas hubieran ya adelantado, hasta que al fin, terminó sin más en una gran explanada, como una gran meseta gris invadida por la gran niebla, donde nada se veía más allá del blanco incierto... Dos pequeñas columnas se levantaban a cada lado del camino, al final de la escalera, como si fuera el pórtico de entrada a la gran estancia que era esa inmensa explanada, de la cual no alcanzaban a ver los límites...

- ¿Y ahora?- La voz de Leire se perdió entre tanta inmensidad.

- No sé... Podemos simplemente caminar en línea recta, para poder regresar al sentirnos inseguras, sin perdernos en este laberinto sin muros ni barreras...

- ¿Al sentirnos inseguras...?- Dijo Leire con voz irónica.- Yo ya me siento insegura...

Neya sonrió. - Sí, y yo, pero aun más me sentiré sin un punto de referencia ahí en medio de la nada...-

Volvió a encogerse de hombros, tan bonita e inocente como era.

Se pusieron a andar, internándose en la niebla de las cumbres de las Montañas de los Enanos, hasta quedar totalmente envueltas por ella, rodeadas de puro blanco incierto... La impresión de avanzar con cada paso era algo que no llegaban a sentir al no verse a sí mismas en movimiento con respecto a ningún objeto del terreno inhóspito... Cuando llevaban unos minutos andando, poco menos de una media hora, unas notas musicales les llegaron a través de la niebla, las cuales reconocieron al instante... Eran las mismas que escucharon la noche anterior en el establo, las cuales el hombre encapuchado también hubo reconocido y tras las que reaccionó huyendo... Ahora volvían a sonar traídas por el viento, a diferencia de la otra vez, que no provenían de ningún lugar en concreto, simplemente del aire que las rodeaba, la melodía de la noche... Ahora, esta vez, la melodía provenía de un punto en concreto a lo lejos, perdido entre la inmensidad blanca de la espesa niebla. No veían nada, nada que pudiera estar emitiendo el sonido, pero al menos ya tenían un punto al que dirigirse... Hacia allá andaron, aun a tientas, pero sin otro camino que seguir en esa tierra sin senderos.

La canción parecía no terminar, ellas iban avanzando, y a cada nota, con cada paso, parecían estar más cerca, pero no llegaban al lugar. De repente, los caballos, al unísono, comenzaron a ponerse nerviosos, parecían no querer continuar en esa dirección. Las dos chicas tiraron de las riendas, al principio suavemente,

pero después con más fuerza, lo que provocó que éstos se encabritaran y comenzaran a relinchar y a moverse casi eufóricos. Al final, la situación se hizo insostenible y las dos bonitas muchachas tuvieron que dejarlos marchar, los dos caballos tiraban fuertemente en la dirección contraria a donde provenía la música, y no pudieron con ellos. Los dos caballos terminaron por huir despavoridos, separándose e internándose en la niebla blanca, algo los había espantado...

A todo esto, la melodía seguía sonando, como si nada hubiera ocurrido, y ellas no tuvieron más remedio que continuar su camino sin los caballos. Tal vez, con suerte, podrían encontrarlos a su vuelta... Reanudaron el paso preguntándose qué los habría hecho huir, por qué habrían corrido despavoridos... Mientras lo pensaban, comenzaron a sentir frío, era una sensación extraña, no era un frío físico, era como si el ambiente estuviera cargado de una energía fría que helaba el corazón... A Neya se le erizó el poco cabello que cubría su piel al sentir un escalofrío. De pronto, llegaron a la fuente de donde provenía la música: entre la niebla, algo apareció intrigándolas, había un hombre tocando un arpa, cuyas notas formaban la triste melodía que las había guiado hasta ahí. Estaba sentado sobre una gran roca a pocos metros del borde de un acantilado, donde la vista se perdía en el blanco infinito. Frente a él, esa gran arpa hecha de oro puro, bellísima, emitiendo esas notas de sueño. Se trataba de un hombre joven, rozando la treintena, tal vez, se mantenía cabizbajo e inmerso en su melodía, sin prestarlas atención en absoluto. A sus pies tenía unos fardos viejos y raídos, como las ropas que

vestía, que dejaban intuir que había pasado largo tiempo ahí él solo, tocando el arpa dorada sin más ambiciones. Cuando las dos chicas se acercaron más, vieron que estaba llorando... En su rostro se apreciaba la pena de la impotencia, el ansia y el fracaso, el deseo y la añoranza, el desamor y el abandono... Él ni siquiera levantó la cabeza para mirarlas, continuó inmerso en sus notas y acordes, hermosas pero tristes. Por momentos, su rostro cambiaba, como afligido por algún pensamiento o recuerdo, lo que solía desembocar en más llantos y lamentos, lo cual transmitía a su música, que iba yendo y viniendo en velocidad e intensidad...

- Buen hombre, ¿podríamos ayudarlos de alguna manera? - La voz de Neya sonó esperanzada entre al niebla, pero él no pareció haberla escuchado, al menos no se inmutó. - ¿Qué razón os ha llevado a aguardar aquí al amparo de esta triste melodía, perdido en la inmensa niebla? - Nada, sólo el silencio encontró la bonita muchacha elfa como respuesta a sus preguntas de alivio.

- Mi señor, hemos venido hasta aquí guiadas por la melodía que tocáis, decidnos por favor, ¿qué ha ocurrido que os mantiene aquí, sin razón ni motivación, tan sólo bajo el consuelo de su canción?

Leire tampoco obtuvo respuesta alguna. Las dos chicas quedaron en silencio, mirándole tocar el arpa de oro, incluso disfrutando con la melodía, aunque tristes al ver a un hombre tan tan apenado... De pronto, la canción terminó. Las últimas notas sonaron débiles, frágiles en la tensa situación, y él quedó totalmente quieto, aun rozando con sus dedos las cuerdas de oro fino con las que había estado tocando, cabizbajo y llorando. Durante unos

instantes que se hicieron larguísimos, el hombre permaneció en silencio y sin mirarlas, hasta que la final levantó la mirada y las observó detenidamente...

- ¿Quiénes sois, vosotras que habéis llegado hasta aquí, invadiendo mi burbuja de soledad, mi momento de añoro?- Habló casi en voz baja, tratando de calmar su llanto.

- Venimos desde lejos, guiadas por vuestra melodía, que nos ha servido de luz en este camino incierto, en este laberinto sin límites ni señales... Ahora y aquí, en nuestra búsqueda, rogamos poder ayudaros en vuestro lamento... ¿Podríamos saber qué os ha ocurrido?- Fue Neya la que le respondió, evadiéndose de la respuesta a su pregunta...

- Lo que me ha ocurrido ya no importa... Nada queda en este Mundo que me mantenga a Él atado... Todo terminó hace tiempo, me quedé solo y deseando una muerte para encontrarla, pero no hay manera, pues el miedo me impide lanzarme por ese acantilado por el que ella se lanzara una vez... ¿Y qué puedo hacer sino que esperar a morir, en este día que no termina, sumido en la pena y el añoro...? Nada ya me queda.

Las dos quedaron en silencio, anonadadas. ¿Qué había querido decir con todo eso? ¿Significaba todo eso lo que parecía? ¿Significaba que su búsqueda llegaba a su fin...?

- ¿Sois vos el amante de Clauda...?- Dijo Leire muy despacio.

Él, en lugar de contestar, afirmó al no poder aguantar más el llanto. Bajó la cabeza de nuevo, y dijo:- No nombréis aquello que se marchó y ya no volverá... Me

abandonó y aquí quedé esperando a la muerte, nada más me queda por hacer para poderla ver... Por favor os pido, marchaos y dejadme añorarla en esta soledad impuesta por condena.

- Mi buen hombre, es difícil comprender un sentimiento como el que a vos os invade en un momento así, pero ya largo tiempo ha pasado, muchas son las cosas que han acontecido, y seguís aquí, postrado sin tratar de vivir...- Neya trató de alentarlo, pero él no se animó. Levantó la cabeza otra vez y la miró fijamente, parecía ofendido con sus palabras.

- ¿Largo tiempo...? Nada más me importa ya... Ninguna de esas cosas que hayan podido acontecer en este breve lapso de tiempo, desde que ella me abandonara arrojándose a sí misma por este acantilado hasta que habéis aparecido vosotras en mi dura condena tiene mayor relevancia que mi triste deseo, que mi necesidad de ella, que mi falta de ella...

- Buen hombre, de verdad sabemos que es duro perder a alguien,- Leire habló pensando en su tío, Neya pudo vérselo en los ojos, que de pronto se inundaron sin llegar a brotar las lágrimas.- pero manteneros aquí a la espera y afligido no va a llevaros a ninguna solución...

- No sabéis lo que es perder a alguien, no tenéis ni idea...- Un atisbo de ira se hizo notar en sus palabras, quizás provocada por la impotencia.- Si lo supieras, si lo hubieras sentido alguna vez, sabrías que nada queda ya, más que la espera y el añoro...

Los tres quedaron en silencio. Ellas no sabían que decirle para aliviarle. Sabían a lo que habían venido, pero no cómo conseguirlo...

- ¿Era esa melodía la canción de Claudia...?-
Leire habló ya sin rodeos.

Él asintió volviendo a llorar.

- ¿Tenéis vos la partitura de la canción...?- Los tres quedaron en silencio otra vez por un segundo.- Sabemos la importancia que tiene para vos esa melodía, ese papel... Pero hemos de conseguirla y devolverla a donde Claudia deseo guardarla, a la Torre del Recuerdo... Algunos terribles males amenazan por acontecer si no es devuelta a ese lugar, de donde nunca debió ser hurtada. Aquel daño puso en peligro al Mundo, pero aun puede ser subsanado si nos la entregáis y nosotras la devolvemos donde debe estar, fuera de peligro...

El amante de Claudia no dijo nada, se quedó en silencio llorando, impotente, pensando en su amada y no en lo que Leire le había dicho. Ellas se lo notaron en su cara.

- Quizás yo conozca un modo de aliviaros, buen hombre.- Neya habló con voz tenue y él la miró incrédulo.- Una vez yo me sentí también afligida, abandonada por la razón, sumida en un horror que hube conocido... Pero alguien me dio algo que me ayudó en mi lamento y, gracias a ello, logré salir de él. Quizás ahora pueda yo ayudaros y calmaros con ese presente que una vez alguien me diera a mí...

- No te molestes pequeña, nada hay en este Mundo ya que me interese, nada más allá de simples recuerdos que me atormentan sin querer de mí desprenderse...

Neya no hizo caso de su respuesta, en lugar de ello, sacó de entre sus pertenencias, la muñeca de trapo

que guardaba desde que era una niña, cuando un juglar se la regalara para aliviarla al verla aterrada tras escuchar uno de sus cuentos... La bonita muñeca tenía forma de arlequín, con algunos cascabeles colgando de sus ropas estampadas con rombos verdes y rosas. Era muy bonita, impregnada toda ella en ternura y calma. Neya la tomó entre sus manos y la miró esperando que pudiera aliviar al amante de Clauda como a ella tantas veces la había aliviado. Lo miró y lo vio con una cara extraña, como con curiosidad, tal vez hasta interesado, entonces pensó que tal vez era la última vez que sujetaba a su feliz muñeca entre sus manos, y sintió pena, pero estaba orgullosa de ese acto, le estaba cediendo si mayor pertenencia a este hombre desvalido, invadido por la pena... Él la tomó y la miró también detenidamente, entonces dejó de llorar. Algún sentimiento de calma y alegría le invadió por dentro, fue en ese momento cuando la muñeca se puso a cantar para él, a pesar de que no era de noche, cuando ésta acostumbraba a cantar... Su hermosa melodía era mucho más alegre que la canción de Clauda, la cual venía escuchando él durante los últimos años, consolándose con ella en el recuerdo, sumiéndose cada vez más en la pena y el lamento... El amante de Clauda, al oír esta nueva melodía, sonrió y dijo unas palabras sin dejar de mirar a la muñeca...- Muchas gracias, muchacha, ya había olvidado lo que se sentía al sonreír. Tal vez ahora me pueda marchar...- Entonces, el amante de Clauda se levantó de la roca en la que había permanecido sentado los últimos años, y se marchó caminando lentamente, perdiéndose entre la niebla en

dirección contraria al acantilado por donde su amada se hubiera suicidado hacía ya unos diez años atrás.

Todo había quedado en silencio, todo entre la espesa niebla que bañaba de blanco donde miraran las dos bonitas muchachas, que al fin habían dado con lo que buscaban, y por lo que tanto habían sufrido... Quedaron las dos solas en medio de toda esa inmensidad, limitada solamente por el borde del acantilado que llevaría al Mar de los Enanos, a tanta distancia allá abajo. Junto a ellas, había quedado el arpa dorada del amante de Claudia, la cual se dispuso a examinar Leire fascinada mientras Neyá curioseaba el viejo fardo que también había quedado abandonado, al pie de esa roca que había servido de asiento. Leire se emocionó al rozar las cuerdas del arpa, hechas totalmente de un oro tan fino como un hilo, pero se asombró al tratar de tocar y darse cuenta de que ya no sonaban... De pronto Neyá le cogió el brazo exaltada, ella la miró y la vio maravillada leyendo un papel en el

que con bellísimos ribetes negros mostraba escrita la melodía de una canción... Al fin habían dado con lo que buscaban. Neya tenía en sus manos la partitura de la canción de Clauda. Habían logrado su propósito... Las dos chicas se dieron un fuerte abrazo para celebrar que su misión había llegado a su fin, sin poder estar más equivocadas, sin saber todo lo que aun les quedaba por delante... Durante ese fuerte abrazo sintieron cuanto se querían, cuanto cariño se habían cogido durante estos últimos tres días, tras el largo camino recorrido, tras los buenos y los malos momentos, breves, pero intensos... De pronto, una carcajada maléfica rompió ese instante de alegría, devolviéndoles a una realidad tan cruel como despiadada. Se separaron y miraron hacia donde provenía: entre la blanca niebla apareció un viejo que caminaba apoyándose en un bastón muy peculiar que consistía en una gran vara retorcida adoptando la forma de un fiero dragón y vestía una larga túnica morada, la cual iba arrastrando, y ensuciando. Envuelto entre la niebla apareció, justo por donde se hubo marchado el amante de Clauda, escupiendo esa risa desde lo más profundo de su garganta y caminando hacia ellas con paso firme y amenazante...

- Antâgon...- Dijo Leire con palabras en las que se entremezclaba la rabia y el miedo.

No hicieron nada, se limitaron a esperar a que llegara. Por un momento, intenso, se miraron con odio, hasta que el viejo hechicero miró la partitura que Neya tenía en sus manos y habló carraspeando...

- Eso es mío, muchacha, no dudes en dármelo y podrás marcharte al lugar lejano del que procedes...

- No pienso dároslo...- Respondió con valentía, a lo que él reaccionó volviendo a estallar en una carcajada maléfica.

- Niña, dame ese papel o pagarás cara tu osadía. Nada podéis hacer contra mí, es el Destino quien gobierna la situación ahora. Este momento no es más que parte de un plan trazado hace mucho tiempo ya, y no seréis vosotras quien impidan ahora lo que esta apunto de desatarse...

- No nos asustas con tus amenazas, Antâgon,- Leire hablaba con voz firme, sabía que el brujo era mucho más poderoso que ella, pero habiendo pasado ya lo que había pasado, no podía detenerse ahora.- Vamos a marcharnos con la partitura, te guste o no. Tienes razón en una cosa, no entendemos bien a que haces referencia cuando hablas del Destino y de aquello que está por acontecer, pero el Dios del Recuerdo nos ha pedido que le llevemos de vuelta la canción de Clauda, y eso vamos a hacer...

- No hables con tanto desdén, muchacha, ¿a caso no sabes a quién tienes delante? ¿A caso no sabes con quién estás hablando? Tú no puedes llegar a comprender mi poder, mi conocimiento...- Paró para sonreír, una sonrisa cómplice, burlona, anunciando lo que iba a decir a continuación:- Tu tío murió con mucho honor al dejaros ir y quedarse en la torre conmigo... Gritó como un niño cuando lo fulminé... No quieras acabar como él, no es necesario, no tengo interés en tu muerte, sólo en la partitura, dádmela y esto habrá terminado para vosotras.

- Nunca.

- ¿Es por ese estúpido Dios vuestro? Mirad lo que hace ante todo lo que se avecina... Él lo sabe todo, ¿y qué ha hecho? Ha mandado a dos inocentes chicas a salvar al Mundo...- Volvió a sonreír.- Yo estoy aquí en nombre de Legumes, nací para estar aquí ahora, para conseguir esa partitura y con ella invocarle y traerle al Mundo para que sea devastado... Vosotras no tenéis idea de lo que eso significa, de la grandeza que guarda ese manuscrito...- Calló por un momento y dio unos pasos hacia la muchacha elfa, hasta llegar frente a ella, donde extendió la mano.- Dámelo.

- Os repito que nunca os lo entregaré, y menos aun sabiendo lo que significa, lo que pretendéis...- Neya caminó hacia atrás, alejándose de él y acercándose al borde del precipicio.- Si te acercas más, me arrojo al fondo de este acantilado y me la llevo conmigo.

Él, riendo, dijo:- No serás capaz.- Y se acercó aun más.

Neya, nerviosa tras verse obligada a cumplir su amenaza, recurrió a la única manera de sobrevivir a la caída, su magia. Agarró el saquito que le hubo dado su madre y lo abrió rápidamente llevandoselo a la boca y engullendo todo su contenido, la última dosis. Sintió ese sabor asqueroso mientras Antâgon se acercaba velozmente, pues ya sabía perfectamente lo que significaba que Neya se tomara esos hongos... Ella dio un paso más hacia atrás, y se dejó caer al vacío mirando a Leire a modo de despedida cariñosa. Antes de perderse entre la espesa niebla, pudo ver la cara de Antâgon, que se torció en impotencia al ver que perdía el control de la situación, al ver que perdía la partitura... En un

instante, se encontró cayendo a una velocidad vertiginosa, sólo veía el blanco que la rodeaba y cerró los ojos para tratar de formular un hechizo que le permitiera volar, era su única salida, con los hongos podría lograrlo. Sintió esa energía por dentro estallando, el poder de su magia emergiendo y haciéndola capaz, hasta que antes de darse cuenta, tras algunos segundos de caída libre, sintió como su cuerpo se paraba en el aire. Ya no caía. Entonces, abrió los ojos.

Más arriba, Antâgon había observado como la muchacha elfa se tiraba al vacío. ¡Esa loca se estaba suicidando para evitar que él se hiciera con la partitura! La vio caer y perderse entre la espesa niebla, y en el último instante, pudo apreciar en ella ese sentimiento de victoria... Había perdido la partitura. Pero eso no iba a acabar así. Miró atrás, la chica humana observaba la situación asombrada, y no tardó en reaccionar. Se arrojó por el borde del acantilado siguiendo a Neya.

Calló y calló a toda velocidad, tratando de decidir cómo resolver la situación, entonces dio con la respuesta. Todo ocurrió muy deprisa. Bajó a toda velocidad, perdido entre la inmensidad blanca de la escena, hasta llegar a encontrarse unos metros por encima de la muchacha elfa, que caía con los ojos cerrados, pudo sentir cómo ella trataba de recurrir a su magia, pudo sentir su energía... Entonces pronunció unas palabras en alguna lengua oscura y todo se detuvo, él y la chica elfa. Sus cuerpos se habían parado en el aire, ya no caían.

Leire permanecía a solas junto a la preciosa arpa dorada sin poder dejar de ver a Neya caer por el borde del precipicio, mirándola como despidiéndose tras el comienzo de esta breve amistad, pudo apreciar el cariño en su mirada... ¡Antâgon se había arrojado tras ella! “¿Qué hago...?” Pensó. Sin dudarlo, emocionada e invadida por el ritmo acelerado de la escena, corrió hasta saltar por el borde del acantilado. Mientras lo hacía se dio cuenta de que ése sería su último momento, todo se desvanecería en segundos. Sólo le quedaba una caída libre y después todo terminaría. Se hizo consciente de que ése era su último pensamiento, de que iba a morir y se había dado cuenta de ello, entonces decidió terminar con todo esto de la mejor manera posible, aportando de la mejor manera que tenía, dando al Mundo algo suyo, regalando parte de sí... Sacó su flauta mientras caía, perdida en la inmensidad de la espesa niebla y tocó esa melodía que había escuchado en repetidas ocasiones en los últimos dos días, la canción de Clauda. No sabía el por qué ni el cómo, todo fue muy rápido, pero logró recordar toda la melodía, que inundó el gran valle, bañándolo con su tristeza y su significado... Si tocaba esta canción tendría más poder que el brujo, pensó, pues ésta no provenía de él, la melodía era más fuerte... Ella no sabía que estaba equivocada...

Neya abrió los ojos. Estaba mirando hacia arriba, sobre sí estaba Antâgon y ella estaba levitando a tan sólo medio metro del agua del Mar de los Enanos. La escena se había detenido justo antes de estrellarse contra el fondo del acantilado, como una vez hiciera Clauda,

abrumada por alguna carga que Neyá aun no alcanzaba a comprender. Observó al brujo como la observaba a poca distancia sobre ella, e intentó reaccionar para huir en su vuelo, pero se vio incapaz... ¡No era su magia la que la mantenía levitando sobre el mar, si no la de Antágon, que la había detenido un segundo antes de morir aplastada contra el agua y ahora permanecía inmóvil!

- Dame ahora la partitura o le devolveré a tu cuerpo la velocidad con que caía y morirás siquiera sin darte cuenta de que te he vencido.

Ella no podía moverse, en absoluto, y él se dio cuenta, con lo que volvió a sonreír, sabiendo que había recuperado el control de la situación. Neyá miró a su alrededor, y vio a Leire, que al igual que ella, levitaba a tan sólo medio metro del agua, sostenida por la magia del brujo, aunque continuaba tocando esa melodía triste que inundaba todo el gran valle... Antágon, volando, se acercó a ella y le quitó el manuscrito arrancándoselo de la mano.

- Gracias...- Dijo irónico, y se marchó liberándolas del hechizo que las mantenía inmóviles, con lo que Leire cayó al agua, aunque no con la velocidad con que había llegado hasta ahí... Neyá, por el contrario, continuó levitando, aunque ahora sentía que era su magia, su energía, la que se le concedía...

Antágon se había marchado con la partitura y ya sólo ella podía evitar que huyera, con lo que aprovechó el poco tiempo que su poder le permitiera volar para perseguirle. Se lanzó en su busca, y éste se dio cuenta, que se detuvo en el aire a esperarla, y ella, al llegar a él, también se detuvo. Frente a frente se miraron. Él

mantenía una expresión de triunfo, tenía por fin la partitura en su mano, podría lograr aquello para lo que había nacido, aquello por lo que había llegado al mundo... Ella lo miraba impotente, no sabía qué hacer, estaba cansada y en breve su magia terminaría, caería al agua y el brujo podría huir...

- Dime, ¿qué pretendes? ¿Aun no te has dado cuenta de que no eres nadie?

- Lucharé por ella hasta el final...

- Ese final ha llegado ya. Estás agotada y no te queda poder para enfrentarte a mí. Sólo me hace falta chasquear los dedos para que caigas al agua y yo continúe mi camino...- Quedó callado, sabiendo que había ganado, pero esta vez no sonrió. En ese momento, Neya se sintió tan exhausta que perdió el control de su hechizo y calló al agua, dándose un buen chapuzón. Cuando salió a respirar, vio al brujo ahí, levitando sobre ella tranquilo y victorioso.- Lo siento, de verdad que lo siento, pero esto debía terminar así...

Con esas palabras Antâgon se alejó, primero hacia atrás para poder mirar a la bonita muchacha elfa, para más tarde ya girarse y elevarse en un vuelo que le llevaría lejos, hacia algún lugar donde Neya no podría ni imaginar. Ella, abrumada por la derrota, por los sentimientos de culpa y por el cansancio extremo, cayó inconsciente...

Escena V

La Canción de Claudia

Intento comprender el por qué de esta decisión, si yo jamás odié...
(Mago de Oz, 2003)

Reya abrió los ojos, y esta vez sí volvieron a reflejar el azul del cielo, tan suave como la fina arena sobre la que reposaba... Su primer pensamiento fue en Leire, si estaría bien tras la larga caída desde lo alto de las Montañas de los Enanos, lo que le llevó al enfrentamiento con Antâgon y a su situación en ese mismo momento: seguramente la marea la había traído y ahora permanecía varada sobre la arena de alguna playa, totalmente empapada... Luchó con gran esfuerzo por enderezarse y al menos levantar la cabeza, miró a su alrededor, y sí, ahí estaba Leire, a unos metros más allá, inconsciente como hubo estado ella hasta hacía tan sólo un minuto. Se encontraban en una bonita playa de arena gris que no tardarían en reconocer, las dos bonitas muchachas pronto serían cubiertas por una gran sombra, la de una altísima torre sin ventanas y con mucha historia...

Neya se levantó como pudo, con un gran dolor por todo el cuerpo, chorreando y muy desorientada. Anduvo hasta Leire, y cayó junto a ella, sus fuerzas no le permitían mucho más, alcanzó a ver que seguía viva, y cayó inconsciente de nuevo...

* * *

Una vez hubo un Dios que era bueno, al que se le conoció como Orfgod, a este Dios se le atribuyeron muchos de los cambios buenos que sufrió el Mundo durante la era anterior a los mortales, cuando tan sólo los Dioses lo moraban. Orfgod, durante aquella turbulenta época de cambio, se enamoró de la Luna, de él decían que era el Dios de la Noche y su oscuridad, el cuidador de los viajeros en la noche, o así lo llamaron, pero, enamorado de la Luna sin remedio, vio como el Mundo la codiciaba para sí, siendo dueño de ésta sin haberla merecido, a su modo de ver... Y así, Orfgod se volvió un Dios Malo y desapareció de la constelación de Dioses, escondiéndose tras siete rostros diferentes, conocido desde entonces de siete maneras distintas, cada una como cada una de las emociones que sentía en su situación de amante rechazado. Éstas fueron la *envidia*, la *impotencia*, el *deseo*, la *ira*, la *tristeza*, el *odio* y el *amor*... El tiempo pasó raudo y veloz, los Dioses fueron expulsados de Mawol y la Era cambio, comenzando el

Tiempo de los Mortales, y al final, pasado mucho tiempo, cuando todo esto se creía ya olvidado, de cada una de estas siete corrientes religiosas fue invocado un demonio, uno de los Siete Demonios Resentidos que guiarían a las huestes de Orfgod en el Mundo para devastarlo y así poder hacerse con la Luna...

Todo ocurrió como resultado de un malvado plan trazado por el Dios de la Noche, lo que supuso la que se llamó la Guerra de la Roca, o la Primera de las Guerras de la Luna, pues en la lucha por el amor de la Luna más tarde aparecería un tercer contrincante que traería muchos más tormentos al Mundo, aun incluso después de que Orfgod se diera por derrotado y desistiera de su empeño... Éste fue Golöel, el Demonio Resentido imaginado en el Amor de Orfgod, quien derrotaría al resto de Demonios Resentidos y terminaría por secuestrar a la Luna, llevándosela por un tiempo alejada del firmamento, pero no es sobre él lo que ahora nos atañe...

Los Siete Demonios Resentidos serían invocados a partir de las pesadillas que sus seguidores concibieron en el Mundo a partir de las siete emociones con que Orfgod se había dejado mostrar. Éste, siguiendo un plan que había trazado mucho tiempo antes, recogió estas pesadillas y las dotó de vida, invocando así a los Siete Demonios Resentidos en el Mundo con el fin de servirle de generales para sus ejércitos y así poder apoderarse de la Luna...

Un tiempo antes de que los Siete Demonios Resentidos fuesen invocados en el Mundo para

devastarlo, antes de que Neyá y Leire se conocieran y llevarsen a cabo su aventura por impedir que se perdiera la Canción de Clauda, sin conseguirlo, ocurrió el que se llamó el Ritual del Olvido de Horrores, donde algunos seguidores de Orfgod, en su apariencia de Dios del Odio, les prometía poder olvidar sus odios y rencores si enterraban un libro en el que hubiera escrito todo aquello que no podían soportar de sus enemigos y todo aquello que hacia ellos sentían... Así, según este Dios, podrían olvidar todo el mal que sentían y serían libres de esa pesada carga, nada más lejos del engaño... El libro debía ser enterrado en una tumba en un momento determinado por la colocación de las estrellas, sólo así el hechizo se cumpliría., y así hicieron, un pesado libro fue enterrado y muchos fueron los que terminaron por olvidar sus odios hacia sus enemigos, aunque fue uno, al que más tarde llamarían el Escultor de Almas, que no llegó a encuadernar la hoja donde había escrito sus sentimientos más profundos, cargados de odio, en ese libro que fuera enterrado siguiendo el Ritual del Olvido de Horrores... Esa hoja se perdería en el tiempo y ganaría el nombre de El Manuscrito del Escultor de Almas, llegando a parar a manos de una bonita muchacha que escribía cuentos y amaba a un hombre al cual no dejaba leerlos...

Esta chica fue Clauda, que abrumada con tanto odio y tanto deseo de venganza plasmadas en el manuscrito, decidió ocultar su letra y convertirlo en una canción, escribiendo la partitura de su melodía sobre la escritura cargada de odio... Dicen que fue a partir de una pesadilla que Clauda tuvo, a causa de lo leído en El Manuscrito del escultor de Almas, que llegó a imaginar

esta triste canción y plasmarla en este papel, con la que más tarde sería invocado Legumes, el Demonio resentido imaginado en el Odio de Orfgod...

Así los dos amantes cantaron y bailaron con estas notas tristes, hasta que ella, abrumada por la carga del odio, sin poderlo soportar, se suicidó saltando desde la misma cima por la que saltaran Neyá y Leire en su intento por evitar que Antágon les arrebatara el que había sido El Manuscrito del Escultor de Almas...

Antes de morir, Cláuda hubo ocultado el Manuscrito en la Torre del Recuerdo, como el resto de sus cuentos e historias, y allí pasó un tiempo hasta que su amante lo reclamara para sí, que tras la negativa por parte de la Orden del Último Recuerdo, lo robó de la Torre. Antes de hacerse con él, el Amante de Cláuda, en su desesperación, juró que la amaría siempre y que conseguiría esa partitura para con ella poder consolarse, como símbolo de su amor...

Diez años pasó éste con la partitura oculto donde su amada lo había abandonado, saltando desde lo más alto a lo más profundo, y ya muerto, en su forma de espíritu, incapaz de abandonar el Mundo por su tristeza y añoranza, atado a él por su ansia de amor, se encontró con Neyá y Leire, que dieron con él y por fin pudo volver a sonreír al entregársele la Muñeca de Caorla, capaz de contagiar la alegría a los que eran puros de corazón, o de hacerla desear a los que estaban faltos de él...

El amante de Cláuda, tras su encuentro con las dos bonitas chicas, pudo abandonar el Mundo y reunirse con su amada en el más allá, donde todas las almas se

reúnen tras la muerte, y éstas al fin pudieron hacerse con la partitura con la que él se consolaba. Pero ahí estaba Antâgon para arrebatársela. Un hombre que había nacido con un fin, una vida dedicada a una única tarea, la búsqueda de El Manuscrito del Escultor de Almas con la intención de invocar a Legumes, el que sería Demonio Resentido imaginado en el Odio de Orfgod, uno de esos siete que invadirían el Mundo y lo devastarían en nombre del Dios de la Noche, que ansiaba a la Luna aunque jamás llegaría a conseguirla...

Lo que Neya y Leire no sabían era que el destino ya había escrito lo ocurrido en la Guerra de la Roca, y no iba a permitir que ellas deshicieran tal enredo, privando al Mundo de esa época turbulenta en que tantas cosas debían acontecer. Muchos lo pasarían mal, pero había males que debían suceder para llegar a tiempos mejores, y así ocurriría con la Historia del Mundo. Todo estaba ya escrito incluso antes de que ellas nacieran, y no podían cambiarlo. Legumes debía ser invocado para devastar el Mundo, y más tarde ser derrotado por otro de los Demonios Resentidos, Golöel, que también se enamoraría de la Luna y se creería tan poderoso como un Dios...

Pero lo que sí consiguieron las dos bonitas muchachas fue devolver la Canción de Clauda al Dios del Recuerdo, cuando Leire, al caer por el precipicio, entonara la melodía con la Flauta de Mellaen, el regalo de su madre. Sus notas sonaron por todo el Mar de los Enanos, llegando a ser escuchadas por el Dios del Recuerdo, que por fin volvía a tener uno de sus

Recuerdos más preciados, y volviendo así a estar completo...

Al regresar Leire a la Torre del Recuerdo, rescribió la partitura que una vez Clauda hubiera escrito ocultando las palabras de odio del Escultor de Almas, y allí fue guardada, en lo más alto de la Torre hasta que fuera de nuevo robada, un tiempo después, y empleada por Golöel para derrotar a Legumes, que había sido compuesto a partir de esa melodía... Aun así, incluso en la maldad que albergaba a este ser, el Demonio Resentido imaginado en el Amor de Orfgod sería capaz de devolver la partitura tras utilizarla con buenos fines, y ya para siempre pasó allí la partitura, en la Torre del Recuerdo, formando uno de los recuerdos del Dios del Recuerdo...

* * *

Un buen día Leire se despertó en su cama, aturrida y desorientada, y le contaron todo lo ocurrido, entonces fue cuando se dio cuenta que había regresado de ese sueño, de su aventura, que todo había terminado y que ya estaba, por fin, de regreso... Resultó que aquella playa a la que habían ido a parar las dos bonitas muchachas era la de la Isla Flotante, que según contaron, había llegado a la deriva a buscarlas hasta ese lado del Mar de los Enanos. De ahí en adelante, vivió en su hogar de Mesnäa, sirviendo devota a la Orden del Último Recuerdo, llegando a convertirse, ya por el final de sus días, en uno de las más altas maestres de la orden. Con aquel mozuelo al que de joven llamaba motes cariñosos terminó casándose y formando una cariñosa familia, y juntos sufrieron los tormentos de la Guerra de la Roca, hasta terminar por salir victoriosos y, al fin, felices...

Neya, por el contrario, despertó en la playa, con su buena amiga al lado. Cuando se hizo consciente de la situación, se vio a si misma acariciándole el pelo, ella yacía aun dormida a su lado, y ambas estaban tumbadas juntas en aquella playa, donde todo terminaba y debían despedirse. Se enderezó, la miró sin dejar de acariciarla, y supo cuan larga sería esa amistad, nacida bajo las adversidades de ese breve periodo de tiempo en que habían tratado de cambiar el mundo sin conseguirlo... Sabiendo que ella ya se encontraba bien, marchó de vuelta a su hogar en los Reinos Elfos de Eleanor, donde su familia la esperaba preocupada. En su camino se cruzó con un marinero elfo que la acompañó a cruzar los Mares del Mundo de vuelta, y allí se separó de ella, al llegar a las costas del Estrecho de Laetatis, donde la dejó feliz y radiante...

Ella le contó toda su aventura a este marinero errante, que fascinó con lo que ella le contaba, cambiando su vida... Dicen que fue este marinero el que le contó a Neya todo lo sucedido en relación con Legumes, el Manuscrito del Escultor de Almas, la Canción de Claudia y Antâgon, alertándola de que la Guerra en breve daría comienzo, y que el Viejo Mundo sería devastado. Aun estando ella ya lejos y al abrigo de su hogar, regresó hasta el Viejo Mundo y allí ayudó a su buena amiga a combatir contra las huestes que por aquel tiempo azotaron aquellas tierras. Juntas lograron evadirse de la muerte en aquellos malos momentos, como anteriormente habían hecho, y al final, pudieron vivir en

paz y tranquilas, juntas, aunque separadas en la distancia...

FIN

Epílogo a *La Canción de Clauda*

Un cuento para esta noche...

El Cuento del Gigante y la Muñeca

Érase una vez, en algún lugar muy lejano, en un momento anterior a muchas de las cosas que ya han pasado, que una pequeñita aldea vivía atemorizada por un fiero gigante, que a modo de despiadado señor, les obligaba a pagar por un servicio de protección. Los pobres aldeanos, habían llegado a un acuerdo con el gigante. Durante un tiempo, éste había estado atacándoles y saqueándoles, por las noches aparecía y se comía el ganado y destrozaba las cosechas... Los humildes aldeanos, tras debatir diversas soluciones, decidieron llegar a un acuerdo con el gigante, a cambio de una pequeña suma de monedas y de parte del ganado y de lo recolectado en las cosechas, no les atacaría y les defendería de posibles asaltantes. El acuerdo, en un principio, funcionó muy bien, los pobres aldeanos sufrían sus pagos pero no sus amenazas, y así convivieron durante un tiempo en aquella pequeñita aldea, hasta que

el gigante comenzó a sentir más hambre y más ansia de oro, y pidió más y más, y la aldea y sus pobres aldeanos comenzaron a sentirse amenazados de nuevo... Y así, acobardados, convivieron durante un tiempo más...

A aquella pequeñita aldea la llamaron una vez Caorla, y así la conoceremos aquí, pues muchos fueron los que allí moraron y muchas historias las que allí ocurrieron, como para aquí y ahora cambiarlas de nombre...

Una vez, en Caorla, la aldea que vivía atemorizada por el gigante, y en una de las historias que allí acontecieron, un hombre pudo derrotar la gigante, siendo recordado allí ya para siempre... Este hombre tan solo fue un granjero que se atrevió a llevar una bonita muñeca hasta la torre donde vivía el gigante, un antiguo campanario del que se había adueñado. Una noche, una extraña anciana se acercó a su puerta y le pidió que la llevara, a cambio ella le concedería un deseo. Él, emocionado, soñó con lograr el cariño de una preciosa muchacha, la cual siquiera lo conocía...

Ella era una joven muchacha que atendía a lo necesitados, enfermos y hambrientos que acudían a un convento de la aldea. El granjero a menudo acudía a espiarla, observando su dulzura y su belleza. Entre tantos y tanto encuentros que habían tenido, nunca habían logrado conocerse, y éste, emocionado pero desilusionado, vivía a la espera del encuentro...

Un día, el granjero, convencido con la promesa de un deseo, partió de camino a la torre del gigante. Allí

debía dejar, según le había dicho la extraña anciana, a la muñeca en el lecho del gigante, y asegurarse de que era allí donde éste dormía...

Así hizo el joven granjero, llegó a la torre donde vivía el gigante, y se infiltró entre las ruinas y escombros. Anduvo husmeando entre las pertenencias del gigante, habiéndose asegurado de que no se encontraba en casa, y maravillado con lo que encontraba, olvidó por unos momentos lo que había ido a hacer, y curioseó y husmeó por donde no debía...

Durante un rato estuvo registrando la torre y los aposentos del gigante, hasta caer exaltado por encontrar sus tesoros... Allí, mientras el joven trataba de guardar su dinero, apareció el gigante tras haberse logrado una buena cena, que regresaba a su hogar satisfecho...

El encuentro entre el gigante y su asaltante se saldó con un fiero combate del que el pobre granjero resultó derrotado. El gigante entró y le sorprendió robándole su oro y estalló en cólera. El joven, sorprendido, recordó de pronto la tarea que debía cumplir, y corrió hacia la parte más alta de la torre y allí encontró el lecho del gigante. Dejó allí la muñeca, estando mal herido ya por el ataque y trató de defenderse del enfrentamiento. Pero el gigante arremetió y luchó hasta arinconar al joven contra los muros de la torre. El pobre, ya derrotado, logró alcanzar una ventana y saltó al vacío, creyendo que ya no se cumpliría su deseo...

Cuando despertó el joven granjero, ya muchas de las cosas que antes ocurrían habían cambiado, y ahora el gigante se había marchado. Según dijeron, tras la noche

del combate el gigante se marchó y no había vuelto, aunque a este joven granjero le costó un tiempo comprenderlo... Mientras tanto no le preocupó demasiado el asunto, pues la primera cara que vio al despertar fue la de su amada, quien le había cuidado y curado. Aquel día nació el amor entre ambos, cuando por fin, tras un encuentro, se conocieron...

Resultó que la bonita muñeca que había llevado el joven granjero hasta el lecho del gigante había sido encantada por aquella extraña anciana, y que por las noches cantaba y contagiaba la felicidad tan solo a aquellos de corazón puro, y que a aquellos que la escuchaban cantar durante sus noches y no fueran de puro corazón, desearían tanto aquella felicidad que preferirían no vivir a hacerlo sin ella...

Así fue, según dijeron, por lo que huyó el gigante, triste y apenado, aunque fueron muchos más los que creyeron que había sido el joven granjero, que tras enfrentarse valeroso al gigante, lo había derrotado...

Una noche, algún marinero de este Mundo lejano le dijo a su muñeca que le escribiría algo en su libro de notas de abordo, pero no le supo contestar a cuándo lo podría leer...

Dime, mi muñeca, y piensa conmigo, cómo el Dios del Recuerdo, aquel que habita en lo alto de la Torre del Recuerdo, tomó a un trébol de cuatro hojas como a su símbolo y escudo en su cruzada...

Ayúdame, mi muñeca, a descubrir qué simbolizó la cuarta de las hojas del trébol que el Dios del Recuerdo utilizó por escudo y credo...

Pensemos juntos y viaja conmigo, descubramos cómo la realidad se mezcla con la fantasía y el pensamiento fluye entre los Mundos...

Lo que un marinero le escribió a su muñeca...

Diecinueve de mayo de dos mil cuatro

Memorias Olvidadas

Darka Treake

Recién ahora me doy cuenta de que ya hemos regresado a
la vida real, de que estamos en casa, lejos de nuestra vida
paralela, donde tan bien vivíamos y soñábamos
cuidándonos los unos a los otros...

Pero ahora y desde aquí os digo, Neya y Leire, que nunca
olvidéis que yo, estando donde estemos, os sigo cuidando,
siempre...

Os quiere...

Darka.

Dos de agosto de dos mil cuatro



Para saber más sobre Mi Mundo, sobre la Leyenda de Golöel y las Guerras de la Luna, de lo acontecido y de lo que va aconteciendo, puedes consultar mi página web personal:

www.modt.net